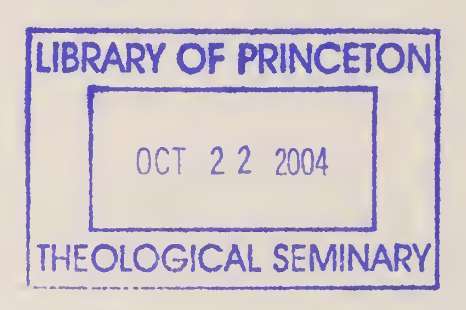






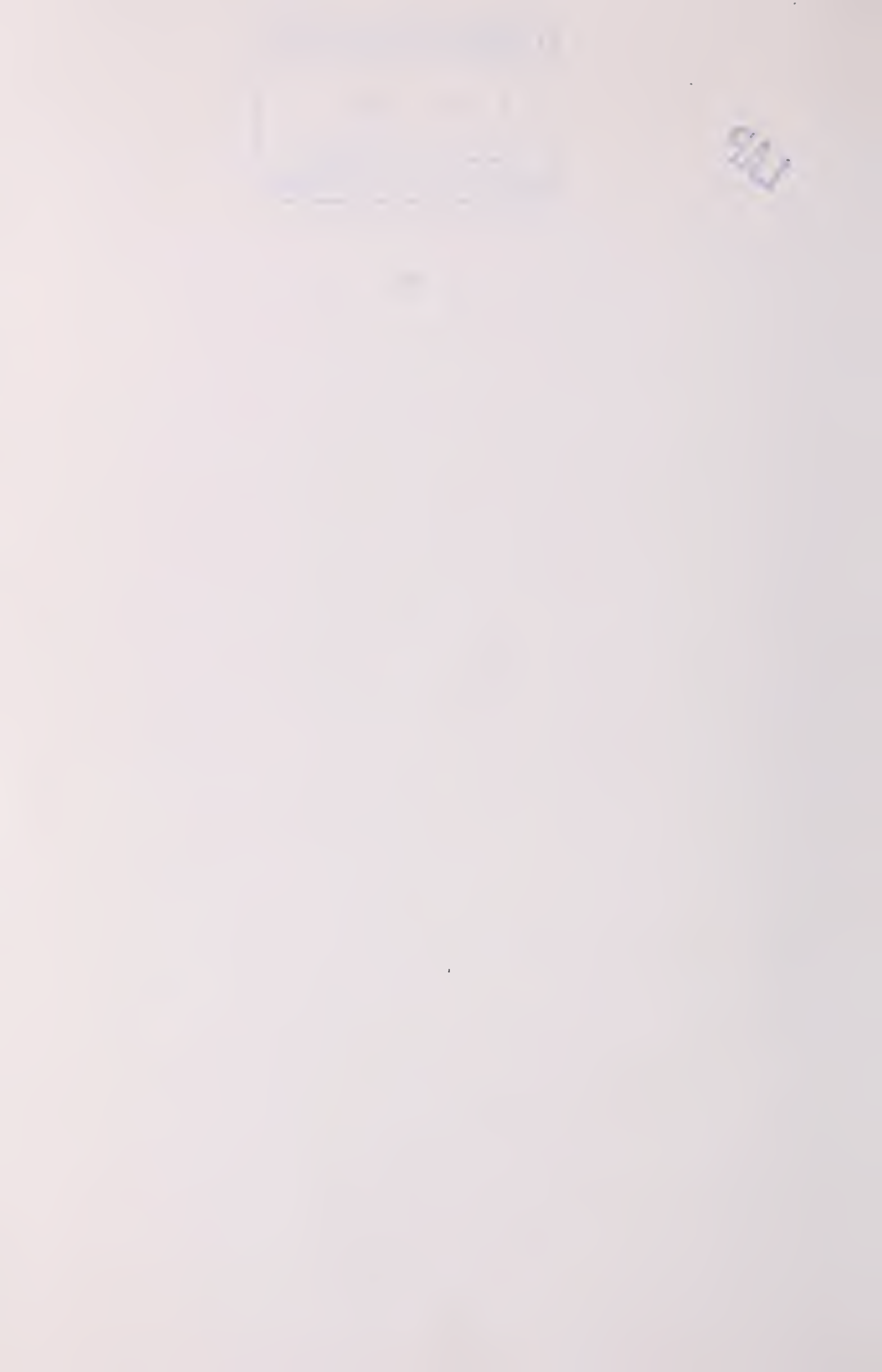
ISSN-0122-1272

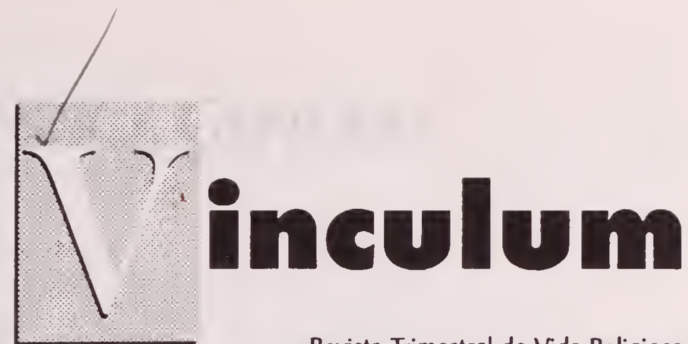
Aportes a una espiritualidad para tiempos de conflicto

206
'2002

Bogotá D.C., Enero - Marzo 2002


LIBRARY OF PRINCETON
THEOLOGICAL SEMINARY





Revista Trimestral de Vida Religiosa
Publicada por la Conferencia de Religiosos de Colombia, CRC.

Aportes a una espiritualidad para tiempos de conflicto

ÍNDICE GENERAL

DIRECTOR: Hno. Arcadio Bolívar R., fsc / CONSEJO DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: Hna. Olga María Vega, mar; P. Gabriel Naranjo, cm; P. Oscar Vélez, cmf; Hna. Blanca Pérez O. mml; Hna. Libia Duque Vergara, aci / ADMINISTRACIÓN Y PRODUCCIÓN: Hna. Lubby Pertuz G, ha; Hna. Narda Pérez, pvm; Blanca Oliva Cuesta / ASESORÍA: Héctor Tabares O. / DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO: Publicaciones CRC / DIRECCIÓN: Cra. 15 No. 35-41/43 - Tels.: 338 3946 232 7656 - Fax: 338 1600 - A.A. 52332 / Bogotá, D.C., Colombia / SUSCRIPCIÓN: Nacional $28.000.oo - América Latina: US$ 31.oo - Resto del Mundo: US$ 31.oo / IMPRESIÓN: CMYK Diseño e Impresos Ltda. Tels.: 311 5975 311 5982, Bogotá, D.C., Colombia.

EDITORIAL

Una vez más nos damos cita en estas páginas de Vinculum, una revista que se ha escrito con las reflexiones de muchas religiosas y religiosos que han tocado con su vida la esencia del compromiso que se desprende de la consagración. Esto es motivo para la alegría y, al mismo tiempo, para una vigorosa invitación a recorrer el camino de la refundación, que también se hace a partir de la reflexión sistemática y profunda de las realidades más características de nuestra vida.

Nos convoca esta vez un tema puntual, de suma relevancia y significación para la Vida Religiosa colombiana. El mismo título de la presente edición de Vinculum lo señala con extrema precisión y claridad: "Aportes a una espiritualidad para tiempos de conflicto".

Como puede establecerse, es incuestionable la vigencia y validez del tema propuesto, pues bien concebimos que la Vida Religiosa no puede ni debe escapar de las coyunturas propias de su devenir histórico, ya que lejos de la realidad que le da concreción y materialidad no podría ser fiel ni a su naturaleza ni a su sentido ni a su compromiso.

Por esta razón, hemos querido articular una reflexión a varias voces que recoja los aportes y propuestas de distintas religiosas y religiosos, no solamente desde los cuestionamientos racionales que surgen de un acercamiento científico a la realidad social sino, muy especialmente, desde las consideraciones que brotan cuando esa realidad social "toca" las fibras más profundas de la vida de sus protagonistas.

En esa dirección, inicialmente el Padre Oscar Vélez I., cmf, se interroga en torno a cómo seguir hoy radicalmente a Jesús en una situación como la que vive nuestra patria. Para ello realiza una lectura de las bienaventuranzas, en las cuales identifica diversas actitudes con las que Jesús afrontó el conflicto que desencadenó su opción. Se adentra al final en una reflexión sobre el significado de la resurrección como experiencia fundante, animándonos a considerar que las situaciones de "muerte" y de "dolor" se superan desde la experiencia que se suscita a partir del acontecimiento pascual.

A continuación, la Hermana Hilda Aponte, h de la c, se interpela en torno al por qué de una espiritualidad en tiempos de conflicto. En su análisis hace un acercamiento a la dura realidad que vivimos, recoge difíciles experiencias de algunas de las víctimas del conflicto y retoma reconfortantes vivencias de varios religiosos y religiosas en las zonas involucradas.

La Hermana Hilda realiza igualmente una lectura dinámica de orden propositivo, que nos invita a mantener la

fortaleza y la verdad, a construir la comunión, y a despertar "la nueva imaginación de la caridad" que nos lleve a hilar juntos una gran red de carisma, para responder adecuadamente a los retos que nos depara una situación como la que vive el país. Concluye ofreciéndonos invaluables pistas para una espiritualidad en estos tiempos, una iluminación bíblico-teológica, y una serie de medios que nos pueden servir como referencia para la reflexión sobre la presencia y acción de la Vida Religiosa en momentos de conflicto.

El Padre Víctor Martínez, sj, retoma la interpelante realidad como escenario apto para confirmar su convicción sobre las características de la espiritualidad que emergió de la figura de Jesús, y que quiere ser eco profundo y profético de las situaciones oscuras y desesperanzadoras del devenir sociopolítico de nuestro país. Para el Padre Víctor solamente la espiritualidad del silencio como silencio transformador, la espiritualidad de la cruz liberadora, la espiritualidad del símbolo, transparencia de la realidad, la espiritualidad de la solidaridad, la espiritualidad de la credibilidad del arte de la verdad y la espiritualidad de la esperanza, pueden recuperar el sentido de la profecía de lo posible para la vida religiosa actual.

Luego el Hermano Alberto Degan, mccj, hace una reflexión en torno a los posibles apuntes para una espiritualidad de la Noviolencia. Parte hacia ello de la imagen de Jesús como profeta de la paz, que generó en su contexto inmediato un compromiso directo con todo lo que significa hacer o construir la paz. Nos recuerda que la Noviolencia es lucha contra el mal, es paz interior, es fuerza de la verdad, es acción política y es profecía. Nos invita a mantener una visión de esperanza; nos recuerda que en una realidad deprimente como la que vive nuestro pueblo, Dios está escribiendo una contrahistoria de gracia y de amor, y que es allí donde radica la necesidad de dar una real respuesta creativa al conflicto armado desde la Noviolencia.

Finalmente, el Hno. Fabio Coronado P., fsc, aboca a una reflexión desde lo que para él significa una pedagogía para la paz. Al igual que los otros autores el Hermano Fabio, partiendo de la diciente e interpelante realidad, propone una serie de interrogantes sobre el efecto del conflicto en las dinámicas personales y comunitarias de nuestras instituciones, y sobre la actitud y posición que podríamos asumir comprendiendo que el conflicto no nos es ajeno. En el cierre de su reflexión, nos invita a construir la paz desde un conjunto de estrategias específicas: Vivir en paz, creer en ella con esperanza, hacer presencia en el escenario de la confrontación. Vivir y ofrecer una espiritualidad de la Noviolencia y para momentos de conflicto. Así mismo, nos invita a una nueva pastoral para tiempos de guerra, a cuidar los oasis de contemplación, a pensar en la cruzada por el perdón y la reconciliación, en el proceso pedagógico para la educación en y para la paz, y a dialogar con Dios en la oración.

El conjunto de estas valiosas reflexiones, hechas en voz alta desde la realidad que implica vivir insertos e insertas en un contexto cuya característica fundamental es la conflictividad, debe nutrir nuestra voluntad de interpretación y, sobretodo, de respuesta.

Hoy más que nunca el conflicto debe convertirse en un motivo más para nuestra renovación y para nuestra necesidad de comprensión histórica, que nos mueva a recorrer nuevos caminos de experiencia que posibiliten emerger una vida religiosa mucho más comprometida con los retos de su realidad. La fidelidad creativa y la contemplación histórica han de ser notas características de un compromiso que surge por la significación "viviente" o existencial de lo que acontece a nuestro lado.

Una vez más, a quienes colaboraron con su voz de aliento y de pensamiento teológico, va nuestro reconocimiento por que estamos seguros de que su contribución despertará en muchas y muchos religiosos el deseo de seguir trabajando por la opción esperanzadora de un Reino de Dios que se abre paso en medio de una situación oscura, de conflicto. V

Hno. Cristhian James Díaz, fsc

Seguir a Jesús, en tiempos de conflicto, por el sendero de las bienaventuranzas

P. Oscar Vélez Isaza, cmf

INTRODUCCIÓN

Los consagrados y consagradas estamos viviendo y compartiendo con el pueblo una de las horas más oscuras de nuestra historia. Vivimos tiempos de conflicto para los cuales no fuimos formados: El dolor, el sufrimiento y la aparente sin salida, nos rodean por doquier. Ante muchas situaciones se oscurece nuestra fe, y nos sentimos arrojados a una "cultura de la desesperanza" caracterizada por el derrotismo, la evasión y el pesimismo. La tentación, revestida de diversas formas de abandono, nos ronda constantemente.

La pregunta por el sentido de nuestro ser y de nuestra forma de estar en tiempos y lugares de conflicto nos acosa sin cesar. ¿Cómo seguir hoy radicalmente a Jesús en una situación como la que vive nuestra patria? ¿Qué espiritualidad vivir en estos tiempos de conflicto? No podemos darnos el lujo de equivocarnos en el camino de respuestas a los acontecimientos que padecemos. No sólo está en juego nuestra credibilidad como seguidores de Jesús y nuestra misión de transparentar al mensajero del Reino, sino el sentido de nuestro quehacer y la razón de nuestro vivir. Por ello es preciso volver los ojos a lo esencial, a nuestra identidad profunda, al sentido de nuestro seguimiento.

Seguir a Jesús no es hacer lo que Él hizo -imitación-, sino hacer hoy lo que Él haría en nuestra situación; proseguir la lucha por su causa con las mismas actitudes que Él asumió; afrontar la historia como lo hizo Él; entrar en comunión de destino con Él, dispuestos a comulgar, también, con su desenlace final. Seguir a Jesús implica, pues, situarnos ante la historia que nos toca vivir desde sus mismas actitudes vitales.

*Seguir a Jesús
no es hacer lo que Él hizo
-imitación-, sino hacer hoy lo que
Él haría en nuestra situación;
proseguir la lucha por su causa
con las mismas actitudes
que Él asumió;
afrontar la historia
como lo hizo Él.*

Jesús fue una persona con causa. No podemos separar la persona de Jesús del fundamento por el que Él vivió, se desvivió y murió: El Reino, es decir, de la pasión de su vida.

Seguirlo es "empeñarse a vida o muerte" por la utopía del Reino, dándole a éste la primacía absoluta en nuestra vida y misión. Pero, para poder hacer hoy lo que Él haría, es indispensable la acción de su Espíritu en nosotros. No es asunto de simple conocimiento intelectual o de voluntarismo. El seguimiento es cuestión de espiritualidad, de asumir "la vida según el Espíritu" de Jesús, de "caminar en el Espíritu" (Cfr. Rom. 8: 1-17).

Espiritualidad es el "estilo de vida" con que vivimos nuestra condición de cristianos y consagrados en cada circunstancia de la historia, gracias a la acción vivificante del Espíritu de Jesús Resucitado. Tres elementos se hacen indispensables en esta tarea: Conocimiento y adhesión a la persona de Jesús y a su causa, discernimiento y análisis crítico de los signos de los tiempos y lugares en los que realizamos nuestra vida y misión, y docilidad a la acción del Espíritu de Jesús. La falta de cualquiera de ellos hace inviable el seguimiento radical de Jesús, el Cristo.

Las actitudes con que Jesús afrontó el conflicto que desató su opción y el conflicto de su momento, están contenidas en la proclama de las bienaventuranzas, fundamentalmente en la versión de Mateo (5: 1-12). Sabemos bien que la versión lucana se refiere a situaciones que se han de superar en la medida en que el Reino llega. Así lo afirma L. Boff: "*San Lucas en sus bienaventuranzas... llama bienaventurados a los pobres, a los hambrientos, a los que lloran, a los perseguidos y desterrados porque se les hará justicia, y serán hartos y reirán, y recibirán su recompensa... Con la implantación del Reino no habrá ya más ricos ni pobres como escándalo que humilla al pobre y ofende a Dios... En el Reino de Dios no habrá lugar para la pobreza*". En cambio, los *"macarismos"* de Mateo se refieren a las actitudes vitales que hay que acoger y cultivar para formar parte de la comunidad del Reino.

Nos enfrentamos aquí a una verdadera paradoja, pues las bienaventuranzas son la propuesta de una escala de valores que contradicen la lógica humana habitual, que están al margen de la opinión común, que no son fácilmente aceptables por el hombre de hoy ansioso de felicidad, porque implican ver, valorar y relativizar todo desde el absoluto del Reino; pero, que al mismo tiempo, son el retrato de un hombre, Jesús de Nazareth, que ha vivido una existencia soberanamente realizada, que ha vivido la vida más plena que se pueda soñar.

Las bienaventuranzas, además de ser la carta magna del Reino, la síntesis más lograda de la Buena Nueva, son un compendio de valores netamente cristológicos. Expresan los rasgos fundamentales de la fisonomía espiritual de Jesús. Él, por antonomasia, es el Bienaventurado. Cuando proclama las bienaventuranzas no hace más que describirse a sí mismo y proponer su perfil. Por ello han de leerse y comprenderse desde su vivencia, desde su praxis mesiánica, y sólo podrán vivirse merced a la acción del mismo Espíritu de Jesús en sus seguidores. Jesús mismo es su autor y su contenido, el mensajero y el mensaje.

Seguir a Jesús es comulgar con sus actitudes vitales propuestas en las bienaventuranzas. Ellas son el camino que el seguidor de Jesús, en cualquier época o lugar, debe asumir para poder serle fiel. Sin embargo, es obvio que determinadas situaciones exigen enfatizar determinados aspectos del perfil propuesto para que el mensaje existencial del discípulo sea realmente Buena Noticia para los contemporáneos. Por ello nos detendremos con particular énfasis, en aquellas dimensiones de las bienaventuranzas que nos posibilitan encarnarlas como evangelio vivo, especialmente para las víctimas del conflicto por el que atravesamos.

Mateo propone ocho actitudes bienaventuradas, aunque algunos hablan de nueve debido a la duplicación de la última. Sin embargo, como afirma Javier Pikaza: *"Las Bienaventuranzas son ocho. Pero, hasta cierto punto, no hay más que una: La pobreza espiritual. Seis dicen en qué consiste esta pobreza; y la octava, lo que inevitablemente engendra"*.

Vamos a explicitar brevemente de qué manera, la vivencia de cada uno de estos dinamismos nos conduce a revivir en nuestra historia concreta el desvivirse de Jesús, perdiendo -en sentido evangélico: Compartiendo y gastando- nuestra vida para dar vida (Cfr. Mt. 10: 39).

"Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos" (Mt. 5: 3)

El tema de la pobreza en el espíritu es uno de los que más ha dado para hablar a lo largo de la historia de la Iglesia. Se la ha comprendido en muchas ocasiones desde una clave dualista, lo cual ha fomentado espiritualismos, mas no espiritualidad.

La pobreza en el espíritu implica no simplemente el hecho de quien está privado de bienes (*ptochoi, en griego)*, sino de quien ha hecho una opción por un determinado estilo de vida, de quien ha elegido la pobreza en el ser. Y hemos dicho anteriormente que la clave de la interpretación auténtica de las bienaventuranzas es el Jesús histórico, y que cualquier reflexión sobre el tema ha de hacerse desde una referencia explícita a Él. Por ello la pregunta clave en este momento es: ¿Qué significó la pobreza en el proyecto de vida de Jesús de Nazareth?

La respuesta no puede darse desde simples cuestiones circunstanciales en el proyecto de vida de Jesús -su lugar de nacimiento, su oficio, etc.-, sino desde la comprensión y aceptación del misterio de su anonadamiento, de su "*kénosis*". La pobreza de Jesús es un acto supremo de despojo, por el cual "no retiene" las prerrogativas de su condición divina, sino que se hace un hombre cualquiera (cfr. Fil. 2: 5-11). La encarnación es su pobreza sustantiva. Todo lo demás, la forma histórica de

La pobreza de Jesús es un acto supremo de despojo, por el cual "no retiene" las prerrogativas de su condición divina, sino que se hace un hombre cualquiera.

vivir como pobre y la misma muerte en cruz, son consecuencias de esta opción.

La pobreza sustantiva se prolonga históricamente en la donación total que hace de sí a los demás. No se reserva nada para sí, no vive en función de su autoconservación. Toda su existencia es un despojo incesante. Vive desviviéndose. La fuente de tal pobreza es su relación con el Padre y su causa son los pobres. Jesús es el rico que se ha hecho pobre para enriquecernos (Cfr. 2 Cor. 8: 9). Porque se siente totalmente perteneciente a Dios, puede darse por entero a los demás. Su vida ha sido una constante experiencia de ser todo de Dios -vivencia de la filiación- y sólo por ello puede ser todo para los demás-vivencia de la fraternidad.

Esta experiencia sustancial lo hace completamente libre frente a todo lo que pudiera pretender adueñarse de su vida (Cfr. relato de las tentaciones: Lc. 4: 1-13 y paralelos). Únicamente reconoce su pertenencia-dependencia con respecto al Abbá. Experimenta a diario en su condición creatural que ha de recibir incesantemente de Dios su vida y misión. "*Nada tengo por mí mismo*" (Jn. 8: 28), es la expresión tajante que resume su experiencia de filiación, de la cual el cuarto Evangelio nos conserva resonancias tan certeras. Pero habiéndolo recibido todo del Padre, todo lo convierte en don para los demás. Su pobreza no consiste en no tener, sino en no retener. Ni siquiera la propia vida.

Esta libertad frente a todo y frente a todos, le permite no dejarse dominar o subyugar por las cosas, instituciones y poderes humanos, ni por su propia familia. Lo suyo son los asuntos del Padre (cfr Lc. 2: 41-50). A nadie, fuera del Abbá, reconoce como dueño de su vida. Vive un desprendimiento efectivo de cualquier forma de tener y de poder. Al fin y al cabo, una riqueza no es lo que uno posee sino lo que lo posee a uno. Y la única riqueza de Jesús de Nazareth es su Padre. Gracias a esta relación puede asumir una actitud crítica frente a todas las autoridades y poderes. No se "casa" con nadie y por ello puede comprometerse con los pobres de su tiempo, asumiendo siempre su defensa, sin eludir -y más bien, provocando en ocasiones- por tal causa la polémica y el conflicto. Su único absoluto es el Reino del Dios y Padre suyo, y todo lo demás es relativo. Y desde este absoluto lo juzga todo.

Al final de su vida, todos los poderes, incluso el pueblo manipulado, se confabularán para quitarlo de en medio. La mayor parte de los conflictos que provocaron su muerte se debieron a la proclamación que hace de su total pertenencia a Dios, lo cual le merece la acusación de blasfemo, y a la vivencia de su compromiso radical con los pobres y necesitados, que lo conduce a relativizar hasta la misma Ley. Para Jesús, "lo único absoluto es Dios y el hambre del hombre", en expresión de Pedro Casaldáliga.

Seguir hoy a Jesús, pobre en el espíritu, implica por tanto ser introducidos en su propia experiencia de filiación, esto es en la radical pertenencia-dependencia sólo al Padre; para ello es preciso liberarse de tantas realidades, que poco a poco van apoderándose de nuestra vida consagrada. Imperceptiblemente, vamos convirtiéndonos en propiedad de otros dueños. La pobreza conlleva a un despojo de tantas seguridades que terminan aprisionándonos para colocar nuestra seguridad

solamente en Dios. Pero este despojo no tiene como razón una opción ascética. La pobreza, en seguimiento de Jesús, es una opción por los pobres para enriquecerlos con nuestro despojo.

Seguir hoy a Jesús, pobre en el espíritu, implica, por tanto, ser introducidos en su propia experiencia de filiación, es decir, en la radical pertenencia-dependencia sólo al Padre, y para ello es preciso liberarse de tantas realidades que poco a poco van apoderándose de nuestra vida consagrada.

Una pobreza que no enriquece no es pobreza cristiana, porque al igual que Jesús, pertenecemos sólo al Abbá. El sueño de nuestra vida no puede ser otro que el ver al Padre reinando. Es decir, siendo conocido y aceptado el hecho-poder de una paternidad que crea la única posible fraternidad humana y que brinda una auténtica libertad frente a las cosas, para poder hacer de éstas mediación de servicio, liberación y crecimiento humano.

La Colombia de hoy, afectada por tantos atentados contra la vida de los hijos de Dios y escindida por tantos grupos de poder, que no sólo desconocen la fraternidad sino que niegan el mismo derecho a la existencia a quienes piensan distinto, precisa de evangelios vivos, que proclamen con soberana libertad el único absoluto del Dios, del Reino, frente a todos los actores del conflicto. La radical pertenencia a Dios, libera de las tentaciones de entronizar otros absolutos y de abdicar la libertad evangélica a favor de cualquiera de los postores de esta feria de violencias. Sólo de Dios, todo para los demás y libre frente a todos los poderes, son las tres condiciones que expresan lo que la parte final de la bienaventuranza enseña: "De ellos es el Reino de Dios".

"Dichosos los afligidos porque serán consolados"

(Mt. 5: 5)

El tenor de esta bienaventuranza extraña dentro del conjunto actitudinal positivo de la versión de Mateo. No es fácil entender que pueda ser feliz quien está afligido. Entonces, las cuestiones que se plantean son: ¿De qué aflicción se trata? ¿Cuál es la consolación prometida?

El término griego "*penthountes*" utilizado por Mateo designa habitualmente un dolor intenso que se manifiesta al exterior con lágrimas y lamentaciones. ¿Cuál es la causa de dicha aflicción? Fundamentalmente es la impotencia humana frente a las fuerzas malignas, la vulnerabilidad del hombre ante el poder del mal. En los oráculos veterotestamentarios se anuncia que dicha aflicción terminará y se cambiará en alegría (Cfr. Is. 61: 2, 3; Bar. 4: 23); que en el día del juicio de Dios la aflicción de los justos se tornará en gozo (Cfr. Is. 57: 18; 66: 10; Est. 9: 22; Tob. 13: 14). Así pues, la razón de la bienaventuranza es el consuelo prometido, es la esperanza de que el padecimiento tendrá fin.

El Nuevo Testamento sitúa la aflicción en un contexto más amplio: El dolor por el pecado, por el pecado personal y por el pecado social. Jesús llora ante Jerusalén porque no ha comprendido el camino que la conduce a la paz (Cfr. Lc. 19: 41-44) y Pablo confiesa haber servido al Señor con lágrimas por las asechanzas a que se ha visto sometido en el apostolado (Cfr. Hech. 20: 19-31).

El seguidor de Jesús experimenta con dolor, en carne propia, la confesión paulina: "*Hago el mal que no quiero y dejo de hacer el bien que quiero*" (Rom. 7: 15). Pedro, después de haber renegado de su Maestro, llora amargamente (Cfr. Lc. 22: 62). Santiago subraya la necesidad de la aflicción, del arrepentimiento para poder conocer el gozo del consuelo (4: 8-10); en el mismo sentido se dirige Pablo a la comunidad de Corinto (Cfr. 2 Co. 7). La aflicción producida por el pecado personal brota, por una parte, de la contemplación del infinito amor divino (Cfr. Jn. 15: 22-24); y por otra, de la mirada sobre la fragilidad de la propia condición humana. Sin embargo, la gran novedad es que quien vive intensamente ambas experiencias se abre al consuelo prometido, a la reconciliación con Dios.

Pero la aflicción tiene también una raíz social. Quien sigue a Jesús experimenta dolor por la resistencia que el mundo opone al reinado de Dios. Se deja afectar por el poder del mal en la historia humana, se siente llamado a cargar, como Jesús, Siervo de Yahvéh, con los sufrimientos y penas de la humanidad (Cfr. Mt. 8: 16-17), a sufrir de nuevo en el cuerpo la pasión de Cristo (Cfr. Col. 1: 24), a padecer por el Reino.

Podemos afirmar que esta bienaventuranza constituye el "principio-realidad", la condición básica e ineludible del cristiano en medio del conflicto que se vive en la historia entre Reino y antiReino. Libera de la inconsciencia ante el pecado personal y el pecado del mundo y de la autosuficiencia de quien cree no tener necesidad de salvación. Es expresión, simultáneamente, del inconformismo ante el estado de cosas que reina en el mundo y de la esperanza creyente en la posibilidad de salvación. Es una forma de protesta y de promesa, de "indignación ética" ante la muerte que irrumpe en la vida de los hijos de Dios y de apuestas confiadas y creativas para el rescate de dicha vida. Se aflige el que no se resigna ante el mal y no abdica de la esperanza de que Dios mismo será su consuelo.

Vivir hoy el seguimiento de Jesús afligido es comulgar con su dolor por "el pecado del mundo", conociendo en profundidad los males que aquejan a la persona y a la sociedad actual, no acostumbrándose a ellos y viviendo el inconformismo como obligación moral. Implica reconocer y asumir las propias responsabilidades en este estado de cosas y mantener abiertas siempre las puertas de la esperanza. Es no pasar de largo frente al dolor ajeno (Cfr. Lc. 10: 25-37), ni caer en el cómodo pretexto de la inevitabilidad. Moltmann ya decía: "Lo peor no es el mal en sí mismo, sino el hecho de que nos acostumbremos a él, y al fin todo nos dé igual".

La bienaventuranza de la aflicción mantiene viva nuestra sensibilidad ante el poder del mal, sacude la indiferencia ("*sólo le pido a Dios que el dolor no me sea indiferente*", dice la conocida canción de M. Sosa), cultiva la indignación y alimenta simultáneamente la esperanza en el triunfo final de la vida, del bien y de la verdad. Así comenta el

Cardenal Martini el profundo sentido de esta bienaventuranza: *"Los que lloran, los que se afligen por sus pecados y por los de los hermanos, los que tienen el corazón desgarrado a causa de la confrontación entre el deseo del Reino de Dios, su plenitud de vida y de paz, con la visión contrastante de muerte que nos rodea; los que sufren a causa de los males de la sociedad, la corrupción, la inmoralidad política, los males de las naciones, serán consolados. Dios mismo enjugará toda lágrima de sus ojos, será su consuelo"*.

"Dichosos los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra" (Mt. 5: 4)

Definitivamente la mansedumbre tiene mala prensa, aún para los cristianos. Se confunde fácilmente con la debilidad o con la simple sumisión. ¿Cuál es la entidad de esta bienaventuranza evangélica?

El Salmo 37 nos brinda algunas claves para entender el significado del vocablo griego "*praeis*": Ante un cuadro de injusticia, los mansos no se abandonan al enojo porque confían en Yahvéh y esperan en su justicia. Son pacientes, no se irritan, ni se dejan dominar por la ira.

En el Nuevo Testamento, "*praeis*" significa dulzura, humildad, mansedumbre. La mansedumbre es presentada en Gal. 5: 23, como uno de los dones del Espíritu. En la parenésis cristiana se asocia dicha actitud con la humildad y la dulzura (Cfr. Col. 3: 12). La humildad está unida siempre con la mansedumbre y, a veces, con la paciencia (Cfr. Ef. 4: 2; Gal. 6: 1). Y Jesucristo, la única vez que se propone como modelo literal y directo, se llama "*manso y humilde*" (Mt. 11: 29). Por tanto, hemos de leer y comprender la mansedumbre desde la vivencia misma de Jesús.

Ante el poder del mal que genera aflicción en Jesús, éste desecha la tentación de las dos respuestas más corrientes: La resignación o la rebelión. Opta por otra salida. Se identifica con la imagen del Siervo de Yahvéh, de Isaías, personaje que representa el papel del justo que mediante la paciencia, la resistencia, el sufrimiento y la dulzura, traerá la salvación a las naciones. "*He aquí mi Siervo a quien elegí, mi Amado, en quien mi alma se complace... No disputará, ni gritará, ni oirá nadie en las plazas su voz. La caña cascada no la quebrará, ni apagará la mecha vacilante*" (Mt. 12: 18-20). Tal fue el camino que escogió Jesucristo, maestro y, a la vez, modelo de todos, el de la mansedumbre. No salva desde el poder o el uso de la fuerza. Su misma manera de ir a los demás es una manera llena de mansedumbre. No impone jamás su bien, sino que deja por completo que el bien sea el bien, que la verdad sea verdad, que la belleza sea belleza y que la gracia sea gracia. Lo que Él hace es gracioso y seductor. Conquista sin dominar, sin poseer; reina sin violentar a nadie. De allí su rechazo a la propuesta de los apóstoles que quieren que llueva fuego del cielo sobre aquellos que no los han acogido. "*Ustedes no saben de qué espíritu son*", *les dice Jesús.* (Cfr. Lc. 9: 51-56).

La mansedumbre, tal como la vivió Jesús, conduce a despojarse de la ira y apuntarse a la lógica del Reino, es decir, a creer en la fuerza del amor y renunciar deliberadamente a toda

forma de violencia. Así lo explicita el Señor en el sermón del monte: "*Ustedes han oído que se dijo: "Ojo por ojo y diente por diente". Pero yo les digo: No devuelvan mal por mal...*" (Mt. 5: 38-42).

La mansedumbre,
tal como la vivió Jesús,
conduce a despojarse de la ira
y apuntarse a la lógica
del Reino, es decir,
creer en la fuerza del amor
y renunciar deliberadamente
a toda forma de violencia.

De modo parecido, Pablo, dentro de los deberes de la vida cristiana que enumera en Rom. 12: 9 ss, dice: "*No paguen a nadie mal por mal. Procuren hacer lo bueno delante de todos... Queridos hermanos, no tomen venganza ustedes mismos... Y también si tu enemigo tiene hambre, dale de comer y si tiene sed, dale de beber... No te dejes vencer por el mal. Al contrario, vence el mal a fuerza de bien*". En el mismo sentido se dirigen 1 Pe. 3: 8-9 y Sant. 1: 19-20 a sus destinatarios.

La mansedumbre evangélica es pues una forma especial de humildad y de caridad que abarca la condescendencia, la indulgencia y la suavidad; es lo opuesto a la soberbia, a la presunción, a la prepotencia y a la autosuficiencia. Pero no se debe confundir con la debilidad. Para nada se necesita mayor fortaleza que para el dominio de sí y de las circunstancias. La mansedumbre requiere calma, serenidad, equilibrio, flexibilidad, capacidad de adaptación, resistencia, firmeza y constancia. Es paciencia activa e inalterable. No se deja arrastrar a la rebelión contra sí misma o contra las circunstancias ni a los impulsos mecánicos de respuesta ante el mal. Distingue entre lo que se puede controlar y lo que no. El signo exterior de la persona mansa es la serenidad. Siendo dueño de sí, el manso no necesita imponerse por la fuerza. Cree en el poder intrínseco del bien y de la verdad, y por eso combina admirablemente la suavidad y la firmeza.

La indignación que el seguidor de Jesús experimenta ante las diversas formas del mal que lo afectan, puede arrastrarlo fácilmente a la tentación de la respuesta airada o violenta, a pretender vencer el mal con el mal. No parece causal que la propuesta de la mansedumbre esté precisamente situada después de la bienaventuranza de la aflicción. Es un hecho que el creyente no puede ni acostumbrarse ni resignarse ante el mal, pero también lo es que el combate ha de ser realizado con las mismas armas de Jesús: La fuerza del amor y el poder del bien. En esto consiste esencialmente la mansedumbre. Conlleva la paciencia y la resistencia. La paciencia del manso se hace perseverancia en el empeño, lucha cotidiana y esfuerzo sostenido. La primera tierra que hereda el manso es la conquista del propio yo, lo cual le evita caer en las variadas formas de desesperación.

La promesa de la herencia de la tierra trae a la mente lógicamente la tierra prometida. Sin embargo, ya en épocas tempranas del Antiguo Testamento, los levitas proclamaban: "*El Señor es el lote (la tierra) de mi heredad y mi copa... me ha tocado un lote hermoso... me encanta mi heredad*" *(Salmo 16). La "tierra" que recibe en herencia el*

manso bienaventurado que sigue a Jesús es el Dios del Reino y el Reino de Dios. Así lo expresa Apoc. 21: 7: "*Esta será la herencia del vencedor: Yo seré un Dios para él, y él será un hijo para mí*".

"Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados" (Mt. 5: 6)

La expresión bíblica "tener hambre y sed" significa tener un deseo ardiente e incontenible de algo. Los salmos 42 y 63, así como Am. 8: 11-12 se refieren a esta alegoría. Es un vacío intenso que anhela ser llenado, un ansia profunda que precisa ser saciada. En el caso de esta bienaventuranza es un deseo vehemente "de la justicia".

Justicia es, en sentido bíblico, una palabra y un concepto esencialmente religioso; es equivalente a "voluntad de Dios", cumplimiento de sus designios y obediencia de sus mandamientos. Esa voluntad es la única ley de carácter absoluto. En el Antiguo Testamento la justicia se había ligado al seguimiento estricto de la Torah. Los profetas van a insistir, en nombre de Dios, que es imposible agradarle sin el cumplimiento de sus mandatos (Cfr. Jer. 7: 4-5; 21: 11; Is. 58: 6-7, etc.). En sentido bíblico, no cabe interpretar el término justicia en un plano meramente jurídico o social (justicia conmutativa y distributiva), aunque dentro de su competencia están todas las relaciones entre los hombres. Sin embargo, el concepto de justicia bíblica va a la raíz, es toda la vida del fiel, guiada por la voluntad divina.

Ahora bien: ¿A qué justicia se refiere Jesús en esta bienaventuranza? Este término aparece casi exclusivamente en el léxico de Mateo. Además del empleo en la última bienaventuranza, aparece tres veces en el resto del Sermón del Monte (5: 20; 6: 1-33), y otras dos en textos relacionados con el Bautista (3: 7-15). En las citas del Sermón del Monte, dos determinan cómo ha de ser la justicia de los discípulos y la otra se refiere a la justicia de Dios. El examen de estos textos nos permite comprender el sentido de la palabra "justicia" en la cuarta bienaventuranza. Se trata de la nueva justicia del Reino: "*Busquen el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se les dará por añadidura*" (6: 33). En la perspectiva neotestamentaria, la voluntad de Dios llama siempre a una sobreabundancia que rebasa la letra de la ley. Es una justicia que debe ser superior a la de los escribas y fariseos (5, 20), justicia interior frente a toda ostentación (6: 1).

La justicia a la que se refiere la bienaventuranza es la nueva justicia del Reino de Dios. El acceso al Padre pasa necesariamente por la búsqueda de su reinado. La vivencia del misterio del Dios-Abbá conduce ineludiblemente, al reconocimiento del otro como hermano y de sus derechos en la mesa de la vida. Es la justicia del Reino. Se unen así indisolublemente el amor a Dios con el amor al prójimo.

La vida de Jesús no puede entenderse sin el "hambre y sed de la justicia", es decir, sin la pasión por el Reino que movió su vida entera y le da sentido y unidad plena a su estilo de vida, a su predicación y a su acción. La causa que movió la vida de Jesús y que explica las condiciones radicales del discipulado es el deseo ardiente de que el Abbá reine, de que sea aceptada su paternidad y se generen unas nuevas

relaciones de los hombres entre si, mediadas por la fraternidad; y de los hombres con los bienes de la creación, que han de ser administrados a favor

La vida de Jesús
no puede entenderse
sin el "hambre y sed
de la justicia", es decir,
sin la pasión por el Reino
que movió su vida entera
y le da sentido y unidad plena
a su estilo de vida,
a su predicación
y a su acción.

de todos los hijos de Dios. El Reino es el valor absoluto por el cual Jesús vivió y se desvivió, por el cual sacrificó su vida.

El seguidor de Jesús está llamado a tener una existencia unificada, a ser, como Jesús, una persona con causa. Es decir, a vivir una disposición de buscar con todas las fuerzas el Reino, el cumplimiento de la voluntad del Padre, a alimentarse de la voluntad de quien envió a Jesús (Cfr. Jn. 4: 34; 5: 3; 6: 39). Y el conocimiento de esa voluntad pasa necesariamente por la vivencia de una espiritualidad de oyentes de la palabra, que vaya conformando la vida entera del discípulo.

La búsqueda apasionada del Reino relativiza todas las posibles mediaciones en las que ha transcurrido la normal existencia de los consagrados. La clave fundamental es la capacidad que tienen todas nuestras mediaciones históricas para transparentar el Reino. Y las mediaciones no son sólo las instituciones, son también los distintos elementos que conforman el estilo de vida consagrada. Dichas mediaciones velan o revelan actualmente el Reino de Dios. Todo se pone en cuestión frente a este Absoluto. Todo es relativo, es decir, vale en referencia a la posibilidad de servir al Reino.

La bienaventuranza concluye prometiendo la saciedad para quienes tienen hambre y sed de la justicia. Dios mismo los colmará; la experiencia de Dios en Jesucristo será un manantial para el sediento (Cfr. Jn. 4: 14).

"Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia"

(Mt. 5: 7)

La misericordia es uno de los conceptos fundamentales de la revelación bíblica. El pueblo de Israel ha experimentado a su Dios como "*rico en misericordia*" (Ex. 34: 6-7).

Toda la historia de la salvación es la revelación de la misericordia divina. Muchos salmos son todo un cántico a dicha característica divina (Cfr. 118 y 136).

Ella es el atributo divino más subrayado en todo el Antiguo Testamento. En ocasiones, después de llamar a Dios "Misericordioso" se le da, también, el calificativo de "Compasivo". Los autores bíblicos reservan estos dos adjetivos para designar la ternura de Dios manifiesta por sus hijos, especialmente, cuando se encuentran en alguna desgracia.

Se insiste, pues, en el aspecto doloroso de ese amor, de un amor que padece por quienes padecen. El término 'Misericordioso' viene de "*rehem*"

que significa 'seno materno'. Al calificar así a Dios, se revela que Dios se estremece, se conmociona, se deja afectar por el sufrimiento del hombre, que es tierno como una madre. En definitiva, que "Dios es amor" (1 Jn. 4: 8, 16), como se nos señala en la plenitud de la revelación.

El Nuevo Testamento prolonga esta doctrina y señala que en Jesucristo se ha hecho carne la misericordia de Dios (Cfr. Tit. 3: 4-7). Jesús proclama constantemente la misericordia con sus palabras y con sus hechos. Toda su actuación es transparencia del mismo amor de Dios. En la humanidad de Jesús de Nazareth se han cumplido las promesas que Dios había hecho a nuestros padres acerca de su misericordia a favor de Abraham y su descendencia por los siglos (Cfr. Lc. 1: 54-55), dándonos la salvación, el perdón de los pecados, por las entrañas de misericordia de nuestro Dios. (Cfr. Lc. 1: 77-78).

Jesús actúa siempre a favor de los pobres y débiles que acuden a Él con la invocación "*Ten misericordia*" (Cfr. Mt. 9: 27; 15: 22), y el Nuevo Testamento subraya de modo especial su compasión ante las muchedumbres. Expresiones como "tuvo compasión", "se conmovió en sus entrañas", "se conmocionó del todo", son frecuentes en los sinópticos (Cfr. Mt. 1: 40-42; Mc. 6: 34; Mt. 9: 36-38). Jesús pasa la miseria del otro por el propio corazón (misericordia), consufre el dolor ajeno (compasión), se pone en el lugar del otro, se deja afectar por sus necesidades. Es una misericordia de proyección universal en contraste con la estrecha concepción judía. Misericordia sin límites en el objeto, sin límites en su destinación, sin límites en sí misma como originada en la infinita misericordia de Dios.

En Jesús, Dios ha revelado que sufre porque ama. Donde hay amor no está lejos el sufrimiento. Cuanto más se ama, más se sufre, porque el amor lleva a tomar parte en el destino de quienes son amados. El amor se convierte en sufrimiento por todas las víctimas de la injusticia y el odio, por los pobres y excluidos. Es, necesariamente, parcial a favor de las víctimas que han de ser defendidas de cualquier atropello. No existe degradación de la dignidad humana que no cause, al mismo tiempo, cicatrices en el ser de Dios. Dios es amor y el amor hace vulnerable a quien lo vive.

Desde el misericordioso ser y obrar divino se desarrolla el tema de la exigencia de la misericordia. Los seguidores de Jesús han de ser misericordiosos como lo es Dios.

La experiencia viva de la misericordia divina "enseña" al hombre a ser misericordioso (Cfr. 2 Cor. 1: 3-4). Esta experiencia es simultáneamente modelo y fuente de misericordia. El evangelio destaca su importancia por encima de los mismos sacrificios, citando a Oseas (Cfr. Mt. 9: 13 y 12: 7). Lucas nos propone directamente a Dios como modelo para la vivencia humana de la misericordia, cambiando el *"sed perfectos..."* de Mateo (5: 48), por *"sed misericordiosos..."* (6: 36). Es que la perfección de Dios Padre se expresa precisamente en el amor gratuito e incondicional por todos, buenos y malos, justos e injustos, aunque no lo merezcan. Por tanto, la perfección que se pide imitar en ese Dios es su misericordia.

Una de las actitudes primordiales de la misericordia es perdonar. Dios ha querido que el uso de la misericordia pase por la misma medida de la

nuestra con nuestros deudores (cfr. Mt. 7: 1-2). Pero el sentido de la bienaventuranza no se limita simplemente a la vivencia del perdón. La misericordia es bondad activa y amor eficaz. Amar es, en la definición tomista, "*querer y procurar efectivamente el bien del otro*". No es un puro sentimiento de benevolencia. Así se manifiesta en la descripción que Mateo hace del juicio final (25: 34-36), y en las llamadas obras de misericordia. La fuente de la misericordia del discípulo es la experiencia de haber sido agraciado previamente con la misericordia Divina y ello le conduce a identificarse personalmente con la miseria del prójimo. La compasión evangélica no estriba simplemente en el sentimiento por el sufrimiento ajeno, sino en el compromiso solidario por aliviarlo.

La compasión evangélica no estriba simplemente en el sentimiento por el sufrimiento ajeno, sino en el compromiso solidario por aliviarlo.

Ser misericordioso, al estilo de Dios, es amar como ama Dios, es decir, con amor personal y gratuito, absolutamente desinteresado, a fondo perdido. Amar por amor. Querer a la persona por ella misma, como la quiere Dios. Misericordia quiere decir, pues, amor gratuito, universal y personal, bondad activa y comportamiento solidario. Colosenses pide que nos revistamos de "*entrañas de misericordia*" (Col. 3: 12, 13), es decir, que vivamos esta bienaventuranza para identificarnos con Jesucristo y permitirle seguir obrando en nosotros.

El seguidor de Jesús es consciente de que aunque no tenga el poder inmediato para construir una alternativa al sistema que engendra tanta miseria, siempre tiene la posibilidad de construir una alternativa al espíritu del sistema. Su solidaridad se convierte, así, en resistencia frente a los poderes del mal. El ambiente normal en el que surgieron muchas de las fundaciones de congregaciones religiosas fue de encrucijadas realmente difíciles, conflictivas y turbulentas tanto sociales como religiosas. Las deshumanizaciones interpelaron profundamente a fundadores y fundadoras, quienes se sintieron urgidos a dar una respuesta concreta.

El conflicto presente, multiplicador de víctimas, urge también a la vida religiosa a dar signos concretos de solidaridad con ellas. El carisma de la consolación pertenece a la entraña misma de nuestra forma de vida; el compartir el dolor de los afectados, muchas veces simplemente estando presentes, es una forma visible de misericordia. Pero no hay que olvidar que para ser portadores de esperanza no basta decir palabras de esperanza, es preciso hacer juntos caminos de esperanza. No podemos quedarnos en simples consideraciones piadosas de amor universal; el amor cristiano se traduce en realidades concretas o simplemente no existe. Hoy quizá no sea el tiempo para los grandes proyectos que caracterizaron en una época a la vida consagrada, es la época de los pequeños relatos, de los signos de solidaridad que encarnan la misericordia Divina; es, como nunca, tiempo de la vivencia de la espiritualidad del Buen Samaritano.

Para vivir la bienaventuranza del amor misericordioso, los consagrados y

consagradas hemos de apropiarnos cada día de la súplica de una de las plegarias eucarísticas: "*Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente a toda persona sola y desamparada, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien sea víctima de la explotación y de la angustia*".

Quienes, en seguimiento de Jesús, practiquen el amor de misericordia, alcanzarán ellos mismos misericordia. El misericordioso se sabe amado y perdonado gratuitamente por Dios, y la experiencia de ese amor es su mayor fuente de gozo.

"Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios" (Mat. 5: 8)

Las exigencias de esta bienaventuranza abarcan todo el ser humano con profundidad y autenticidad, en extensión y en hondura. Para la Sagrada Escritura, el corazón no es simplemente la sede del amor sino el centro de la persona, de su vida interior, donde encuentran su núcleo y su origen todas las fuerzas y las mociones psíquicas y espirituales. Es el asiento del entendimiento, de la voluntad y de los afectos, el ámbito donde la persona toma conciencia de sí misma y, por tanto, fuente de la actitud moral (Cfr. Lc. 2: 51).

Con respecto al sentido bíblico de la pureza o la limpieza, el libro del Levítico (11: 16) divide todas las cosas y personas en puras e impuras. Sólo lo puro puede entrar en contacto con Dios. La pureza exterior pretendía expresar la santidad del pueblo (Cfr. Ley de Santidad: Lev. 17: 26). Los profetas se preocuparán de urgir al pueblo una pureza que no se quede simplemente en la exterioridad, sino que esté hecha de conocimiento y obediencia a Dios. (Cfr. Os. 6: 6; Am. 5: 21-25; Is. 1: 10-17; Jer. 7: 4-7).

El Salmo 24 está en la base inspiradora de esta bienaventuranza. En él se definen las exigencias que se han de cumplir para subir al Monte Santo, a la presencia de Dios: La limpieza de corazón y las manos inocentes. El Salmo 50 ora, también, pidiendo a Dios un corazón puro, es decir, vacío de toda malicia exterior. Podemos afirmar que en el vocabulario bíblico, limpieza de corazón es equivalente a rectitud de intención. Son puros de corazón los que tienen el corazón indiviso, sincero, leal, honesto, sin artificios.

Sin embargo, pese a la enseñanza profética y a la mentalización de los salmistas, al llegar Jesús eran tan numerosas las prescripciones de pureza e impureza, que se convirtieron en cargas pesadas e insoportables (Mt. 23: 4). Este elemento va a ser uno de los elementos conflictivos en la relación de Jesús con los fariseos. Cuando éstos critican la actitud de los apóstoles que no guardan las prescripciones antiguas sobre pureza ritual externa (Mt. 15: 10-20), Jesús propone esta sentencia: *"Oigan y entiendan. No es lo que entra en la boca lo que hace impuro al hombre, sino lo que sale de la boca, eso es lo que hace impuro al hombre"* (Mt. 15: 11). Sentencia que luego explicará a los discípulos: *"Son las actitudes y deseos del corazón los que hacen impuro al hombre, pues de él salen las malas acciones, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias"*. (Mt. 15: 19).

La pureza de corazón es el tema dominante del capítulo sexto de Mateo,

que bien podría considerarse una explicación de la bienaventuranza respectiva. Lo comienza afirmando: *"Cuídense de no practicar su justicia ante los hombres para ser vistos por ellos"* (Mt. 6: 1), y aplica tal principio a las tres prácticas fundamentales del hombre religioso: El ayuno, la oración y la limosna. La rectitud de intención es fundamental para agradar a Dios.

La pureza de corazón es expresión de la misión de dar testimonio de la verdad (Cfr. Jn. 18: 37) que caracteriza a Jesús. Las palabras de Jesús transparentan su real pensamiento y su compromiso radical con el Reino. Su verdad no es simplemente un acto intelectual sino, antes que nada, una coherencia existencial entre lo que cree y lo que vive. Él es totalmente transparente al expresar lo que cree, lo que piensa y lo que siente. Puede enfrentar, sin ambages, la mentira y la hipocresía que rodea a los poderes del momento. Tal comportamiento es posible gracias a su libertad suprema y a la ausencia de componendas o motivaciones secretas. "La verdad los hará libres" (Jn. 8: 32), enseña a los suyos el apóstol, describiéndose a sí mismo.

La pureza de corazón es el testimonio de la verdad que caracteriza a Jesús, sus palabras transparentan su real pensamiento y compromiso radical con el Reino.

La pureza de corazón es la bienaventuranza de la verdad. Su cultivo es una de las exigencias del discipulado (Cfr. Jn. 4: 23). Pureza o limpieza de corazón equivalen, pues, a sinceridad, transparencia, honestidad, autenticidad, limpieza de miras y de actuación, simplicidad (Cfr. 2 Cor.) a definición nítida y sin ambigüedades, a la misma claridad del lenguaje, al sí o al no evangélico (1. 12; Fil. 1: 10; 2: 15); (Mt. 5: 37;Ef. 4: 29). Es simplicidad sin doblez, acción externa como puro reflejo del interior. Es la actitud que Jesús alaba en Natanael (Jn. 1: 47). En definitiva, puro de corazón es aquel en quien las disposiciones internas sincronizan con la acción externa.

Quien sigue a Jesús tiene el reto primero de la coherencia vital entre la confesión de la fe y el testimonio existencial. La verdad es algo vital, no simplemente algo conceptual. Y desde esta actitud puede ser realmente transparente frente a todos, sin doblez ni hipocresía. Puede dar testimonio de la verdad sin segundas intenciones, sin falsedades ni componendas. El compromiso es exclusivamente con Jesús y con su evangelio. Segundo Galilea comenta al respecto: *"Sólo el puro de corazón puede tener la sabiduría de juzgar las cosas, de tomar decisiones y actitudes según el Evangelio, porque es libre y no tiene motivaciones secretas".*

La consecuencia de vivir ésta actitud es la visión de Dios, es decir, ser admitidos a su presencia, conocer su intimidad para poder ser sus testigos. El Salmo 24 anunciaba ya como premio a la pureza de corazón una especial cercanía con Dios.

"Dichosos los constructores de paz, porque se llamarán hijos de Dios" (Mt. 5: 9)

La paz, en hebreo "*Shalom*", es fruto de la justicia (Cfr. Is. 32: 17). Este término

expresa la prosperidad, la seguridad, el bienestar, el gozo, la abundancia de bienes, la fecundidad de la tierra y de la familia, la armonía de los hombres entre sí y de éstos con Dios. "Shalom" es una expresión que resume el contenido de la alianza (Núm. 25: 12; 1 Sam. 20: 32). El símbolo fundamental de esta situación es la imagen protológica del paraíso (Cfr. Gn. 2). Pero el pecado ha roto aquella armonía original y se anhela su restablecimiento.

Los profetas envolvieron este concepto con el halo del mesianismo; será tesoro y característica del Reino mesiánico. El Mesías será Príncipe de la paz (Is. 9: 6), concluirá con su pueblo una alianza de paz (Ez. 34: 25). En la era mesiánica vendrá la paz a todos: "*Serán vecinos el lobo y el cordero... el león comerá paja junto al buey...*" (Is. 11: 6-9). "*Y en sus días florecerá la justicia y la dilatada paz hasta que falte la luna*" (Sal. 72: 7). La Nueva Alianza es anunciada por los profetas como una alianza de paz (Cfr. Os. 2: 18-25; Ez. 34: 25-31; 37: 26; Is. 54: 10; 42: 6).

El nacimiento de Jesús es proclamado, anunciando "*paz a los hombres amados por Dios*" (Lc. 2: 14). En su ministerio mesiánico, Jesús, después de perdonar los pecados, despide con la bendición de la paz (Cfr. Mc. 5: 34; Lc. 7: 50; 8: 48). Da su paz a los suyos, no como la da el mundo (Cfr. Jn. 14: 27); sus palabras dan posesión de la paz (Jn. 16: 33). El saludo del Resucitado a su comunidad es:"*La paz sea con ustedes*" (Luc. 24: 36; Jn. 20: 19, 21, 26).

Pablo presenta la alianza de Cristo como una obra de reconciliación de la humanidad con Dios (Rom. 5: 1, 8-10; Col. 1: 20; Ef. 2: 16), de los hombres entre sí (Ef. 2: 14-16), y del hombre con la naturaleza (Col. 1: 19-20). Además, habla frecuentemente de la paz (45 veces), y en sus cartas el saludo "paz", alargado con los términos "gracia" y "misericordia", llega a ser una fórmula de bendición.

De lo visto anteriormente se deduce que la paz es esencialmente un don de Dios a través de su hijo, Jesucristo. Sin embargo, el tenor de la bienaventuranza habla de "constructores de paz". ¿Cómo entender esta afirmación? El término griego usado por Mateo "*eirenopoios*" (hacedor de paz) no se encuentra en ningún otro lugar de la Biblia. Como verbo aparece solamente en Prov. 10: 10 y en Col. 1: 20. Indica, en todo caso, que la paz, como todos los demás dones divinos, es confiado al hombre. En manos de éste queda la acogida libre del don y su cultivo responsable.

Ser constructor de paz implica pues primeramente la apertura a la acción de la gracia de Cristo que reconcilia al hombre con el proyecto que Dios tiene sobre él, que reconstruye su imagen deteriorada por el pecado, rehaciéndolo hijo en el Hijo. Esta acogida libre del don de Dios ha de conducir al agraciado a crecer hasta la "estatura" de Cristo, es decir, a tener sus mismos sentimientos y actitudes vitales para poder ser también agente de reconciliación y constructor de paz.

La paz, don de Dios, nace en el corazón del hombre cuando éste acepta ser lo que es y se mira con amor. Cuando un ser humano puede mirarse a sí mismo como lo mira Dios, es decir con amor gratuito e incondicional, puede llegar a aceptarse y amarse. Y esta actitud genera la posibilidad de crecer, de ser mejor cada día. Lo único que brinda energía para superar las limitaciones es una mirada de amor.

Jesús ama gratuitamente y su amor desata posibilidades desconocidas, y despierta energías dormidas en los beneficiados. El amor despierta en el otro lo mejor de sí mismo. Muchos de los signos de Jesús se leen desde esta dinámica. Sólo quien ha llegado a aceptarse a sí mismo y a mirarse con amor, puede no sólo crecer armónicamente sino ser artesano de paz en la relación con los demás. Sólo una persona reconciliada consigo misma puede construir la paz en su entorno vital.

Pero, además, ser hacedor o hacedora de paz nace de la disposición de valorar la diversidad, el pluralismo, las diferencias: Conocerlas y respetarlas para complementar las propias fortalezas y compensar las debilidades y, así, asumir una tarea de construcción del mundo que sea resultado de las fuerzas conjuntas. Es el sentido profundo de la enseñanza paulina al describir la Iglesia como cuerpo (Cfr. 1 Cor. 12: 12-30).

Las diferencias culturales, sociales, mentales, emocionales permiten crear nuevas formas de vida. La alta tolerancia a la diferencia nace de una adecuada confianza en sí, en sus principios y valores. Esto posibilita asumir el riesgo de abrirse a la escucha del otro y motiva el esfuerzo por entenderlo y entender su punto de vista, comprender su marco de referencia para ver las cosas a través de él, ver el mundo como lo ve la otra persona, entender su paradigma y lo que siente. Sólo la valoración de las distintas percepciones puede llevar a la paz.

El valorar y trascender las diferencias conduce a una nueva visión que no es el resultado de ceder ni de vencer, sino de una integración en un nivel superior. Construir la paz implica superar el paradigma relacional de la competencia para obtener frutos de cooperación, acuerdos y soluciones benéficas y satisfactorias para las diferentes partes.

La mayor parte de la vida es actividad interdependiente y esto supone aprendizaje recíproco, influencia mutua y beneficios compartidos; no restarle realidad o importancia a las diferencias, pero tampoco eliminar las diversas perspectivas. El fruto de tal proceso no es la uniformidad, sino la unidad, la paz.

Una de las responsabilidades principales de la vida consagrada en el marco conflictivo en que se desenvuelve nuestra misión es ser constructores de paz; pero Jesús mismo ha distinguido que su paz no es como la que da el mundo. La paz mesiánica es fruto de la justicia del Reino, es decir, de la construcción de un nuevo orden, basado en una vivencia profunda de fraternidad, que nace de experiencias de la paternidad-maternidad divina y que integra las distintas visiones sin suprimirlas. Sólo desde aquí se puede concebir una justicia que supere las simples disposiciones legales, para asentarse sobre la convicción de que el otro tiene tantos derechos como yo a

Los consagrados y consagradas estamos llamados a ser parábolas intensivas de fraternidad en el mundo... Desde esta experiencia podemos ser creadores de fraternidad y mediadores en el conflicto.

los bienes de la vida, y se genere así la solidaridad y el compartir fraterno, posibilitando una real equidad y una justicia auténticamente distributiva.

Los consagrados y consagradas estamos llamados a ser parábolas intensivas de fraternidad en el mundo, y esto implica el testimonio concreto de que, a pesar de nuestras condiciones y de nuestros pensamientos tan diferentes, podemos convivir, enriquecernos mutuamente y compartir los bienes. Jesús ha venido a reunir en una familia a los hijos de Dios dispersos. Y nuestra primera misión es ser signos de que esto ha comenzado con nosotros. Entre más grandes sean las diferencias aceptadas, más preclaro será nuestro signo. Desde esta experiencia podemos ser creadores de fraternidad y mediadores en el conflicto. Además, parte importante de nuestra misión será mantener viva la conciencia de que, alcanzar la paz es posible y que los medios para alcanzarla han de estar compaginados con el fin que se quiere obtener.

Los que construyen la paz, dice Jesús, serán llamados Hijos de Dios, es decir, Dios los hará efectivamente hijos suyos. ¿Por qué se les da tal categoría? Hay solamente dos lugares donde se llama hijos de Dios a los discípulos: Al invitarles a amar a los enemigos (Cfr Mat. 5: 45) y en el prólogo de Juan, cuando se promete que: "*A los que creen en su nombre se les dará el poder de ser hijos de Dios*" (Jn. 1: 12). La razón es que, quien ama a sus enemigos, obra como Dios, al igual que quien hace la paz generando fraternidad, eso lo hace hijo de Dios. Sólo puede llamarse y ser hijo quien acepta a los demás como hermanos. El rechazo de la fraternidad es negación de la común paternidad. Construir paz es generar fraternidad y generar fraternidad es testimoniar que hay una fuente paternal que nos une.

"Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Dichosos serán cuando los injurien y los persigan y digan con mentira toda clase de mal contra ustedes por mi causa. Estén alegres y contentos porque su recompensa será grande en los cielos, pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a ustedes" (Mt. 5: 10-12)

Esta es la más prolija de las bienaventuranzas: El evangelista escalona todos los males que pueden acaecer al discípulo. Es también la más paradójica. El discípulo difícilmente se puede poner en condición de vivir algo que le genera rechazo existencial. Este es, sin embargo, el signo primero de la verdadera cruz: Que el hombre trata de evitarla.

El pueblo de Israel vivió en conflicto permanente con los imperios de turno; vivió sometido a las grandes potencias, conoció la esclavitud, el exilio, la persecución y otras formas de sometimiento. Pero, además, dentro del mismo Israel, los profetas de Yahvéh vivieron bajo el signo de la persecución. Los verdaderos testigos han sufrido siempre. Así lo recuerda Jesús a los escribas y fariseos

(Cfr. Mt. 23: 29-35. Cfr. 1 Rey. 19: 10; Jer. 2: 30; Jer. 12: 1-2; 2 Crón. 36: 15-16).

En el Nuevo Testamento se presenta la idea de que la persecución, la cruz en general, es esencial al seguimiento de Jesús. Éste fue perseguido desde la cuna y toda su vida fue un caminar bajo la cruz hasta el calvario. "*Era preciso que padeciese y así entrase en la gloria*", dice Él mismo a los discípulos de Emaús (Lc. 24: 26). Padecimiento y gloria, persecución y dicha son realidades inseparables en la vida del discípulo. Jesús recorrió primero el camino del rechazo: "*Si el mundo los aborrece, sepan que primero me aborreció a mí*" (Jn. 15: 18; 16: 2-4). Todos los evangelios abundan en el mismo sentido. La Iglesia naciente conoció bien pronto el cumplimiento del anuncio del Señor (Cfr. Hech. 5: 40-41; 7: 55-56). Y quienes en adelante han querido seguir plenamente a Jesús, se han topado con la persecución. Los cristianos son herederos del crucificado, han de completar, en expresión paulina, lo que "*falta a la pasión de Cristo*" (Col. 1: 24).

La aceptación de este destino sólo es entendible desde el amor de identificación con Jesús y su causa. Es obvio que una persona sana mentalmente prefiere la vida a la muerte, el placer al dolor, el gozo al sufrimiento. No busca el sufrimiento por el sufrimiento, se protege de riesgos innecesarios. Pero también es verdad, que tampoco desea contemplar impávido el padecimiento de una persona amada en lugar de sufrir con y por ella. Por el contrario, es capaz de aceptar el sufrimiento y la muerte por una persona o causa con la que se sienta profundamente identificada.

Desde esta concepción hay que leer esta bienaventuranza. Sería peligroso y equivocado buscar, canonizar o glorificar la cruz por la cruz misma. No toda cruz es la cruz de Jesús. El dolor por el dolor no tiene sentido. El sufrimiento cristiano presupone el seguimiento de Jesucristo y la inserción de toda la vida en la suya para participar de su misión redentora (Cfr. Lc. 9: 23). Mateo coloca precisamente el acento de la bienaventuranza en el motivo de la persecución: "por la justicia", es decir, a causa de ella; y seguidamente añade, a modo de glosa, dos versículos en los cuales el Señor señala que la persecución es "por mi causa", es decir por Él y su evangelio, por la causa que movió su vida.

La cruz de Jesús es consecuencia de su proyecto de vida. La urgencia e insistencia con que buscó la conversión de Israel termina en un rotundo fracaso. Israel no reconoce la oferta definitiva de la gracia, desoye la invitación de Jesús, prefiere la seguridad de la ley, de las instituciones y autoridades, prefiere confiar en el templo y en el culto (Cfr. Mt. 12: 41-42).

Los destinatarios primeros del Reino se autoexcluyen. La novedad mesiánica de Jesús es rechazada violentamente por sus primeros destinatarios. Todos los poderes se pusieron contra Él. Jesús experimentó y sufrió esa respuesta negativa. El conflicto se polarizó y terminó con su condena a muerte de cruz. El mesianismo liberador de Jesús se realiza en una situación empecatada y conflictiva. Tiene, por tanto, que pasar por la experiencia del rechazo y del dolor. Su muerte es consecuencia de su vida. La armonía de la nueva fraternidad anunciada por Jesús no puede llegar sin la agonía de la oposición y la resistencia. La asunción efectiva de la

causa de los pobres y esclavizados de la tierra conduce inevitablemente al conflicto y a la cruz.

La muerte de Jesús no puede aislarse de su proyecto de vida. Él vivió "perdiendo la vida"; nos dio vida (Jn. 10: 10), dando su vida, entregándose a sí mismo por nosotros (Cfr. Ef. 5: 2-5). Vivió desviviéndose.

Su vida fue un desgaste constante, una donación continua de sí, para liberarnos de la muerte. La salvación de Jesús no nos fue concedida simplemente por el desenlace de su vida: La muerte en cruz, sino por toda una vida que culminó allí. En cierto sentido, podemos afirmar que Jesús comenzó a morir desde que nació. Desde ese momento vivió una vida "entregada por nosotros" y toda donación de sí iba comunicando salvación.

Jesús vive activamente su propia muerte. La crucifixión de Jesús representa la concentración y radicalización de su actitud vital, de su servicio, de su amor y de su esperanza. Lo que redime es el amor de Jesús que movió su vida entera. Lo único que salva es el amor; pero el amor conlleva siempre la cruz, tomar sobre sí los problemas y sufrimientos de quien se ama. Lo que da vida a los otros es dar la propia vida, lo que da verdadera esperanza es mantenerla aún en medio de la oscuridad. Si "pierde la vida" no es porque la menosprecie, sino porque sólo entiende la vida compartiéndola, entregándola para rescatar otras vidas que están perdidas.

Jesús en la cruz es la imagen de una obediencia y una fidelidad totales. Fue sólo su amor al Padre, su entrega a la misión recibida de Él, lo que lo llevó a la cruz. Es consecuencia de una fidelidad de amor.

La cruz no es un hecho aislado y arbitrario en el designio del Padre, sino símbolo y expresión de la absoluta fidelidad de Jesús al Padre y a la misión encomendada. Así como la muerte de Jesús no se puede entender sin su vida, su vida no se puede entender sin Aquél para y por Quien vivió. De la crucifixión de Jesús renace la comunidad mesiánica por la fuerza del Espíritu. Renace la esperanza, la esperanza contra la misma muerte.

Sólo desde la cruz de Jesús se puede justificar la cruz del seguimiento. La causa de la persecución, anotada en la bienaventuranza de Mateo, es la justicia, es decir, la voluntad de Dios; o en otras palabras, el Reino de Dios. Las cartas de Pedro son reiterativas en comentares perseguido por fidelidad a las exigencias de la justicia del Reino.

Ahora bien, la persecución puede revestir formas muy sutiles. Puede ir desde el olvido, pasando por la indiferencia y el desdén, hasta el odio a muerte (Cfr. 1 Cor. 4: 9-10). Pero además de este padecimiento del discípulo, causado por el rechazo a Jesús y a su causa, quien sigue a Jesús ha de identificarse también con el estilo de vida del Maestro, es decir, no viviendo la vida en función de autoconservación sino "perdiendo la vida" para dar vida.

En la Vida Consagrada, la identificación conduce hasta optar por el mismo género de existencia de Jesús, expresado fundamentalmente en los llamados consejos evangélicos y en la vida comunitaria. Estos son una actualización de la "*kénosis*" del Señor, por ello conllevan una serie de renuncias que posibilitan darse a los demás, a la manera de Jesús. Los sufrimientos derivados de tal identificación son, obviamente, participación en la cruz

de Cristo, pues implican una tal comunión con Él que, como dice Pablo, se llevan "*en el cuerpo las señales de Jesús*" (Gal. 6; 17).

El conflicto estuvo siempre presente en la vida de Jesús y lo estará en la vida del discípulo en la medida que éste sea fiel a Jesús y a su proyecto. La consecuencia de vivir las bienaventuranzas es "la persecución" en cualquiera de sus múltiples formas. Sin embargo, quien ha adoptado el seguimiento radical de Cristo sabe que en la paradójica lógica evangélica, la muerte genera vida.

Asumir el proyecto vital de "perder la vida" tras Jesús, por medio de la vivencia radical de la pobreza, virginidad y obediencia, es decir, desviviéndose como Jesús, es fuente de vida para los hermanos. Pero, además, poder estar dando vida en cualquiera de nuestras formas de misión, arriesgando la propia vida, es expresión de confianza y de fidelidad a Cristo y a su causa. Y aunque, también como Jesús, se pasa por la angustia de la agonía (Cfr. Luc. 22: 39-46 y paralelos), no faltará tampoco "el ángel de la confortación".

La última bienaventuranza no habla simplemente del sufrimiento, sino que invita a estar "alegres y contentos" porque son ciudadanos del Reino, y Dios mismo será su recompensa. La primitiva comunidad cristiana conoció bien pronto la persecución pero también el gozo (Cfr. Hech. 5: 40-41). Así lo experimenta Pablo: "*Desbordo de gozo en mis tribulaciones*" (2 Cor. 7; 4); y más adelante reseña sus numerosas pruebas y persecuciones (2 Cor. 11: 23-33). Ha conocido que "*nada puede separarlo del amor de Cristo*" (Rom. 8: 35-39). Sufrir hasta dar la vida por quien se ama es la suprema prueba de amor (Cfr. Jn. 15: 13) y ello mismo es el motivo más profundo de gozo de esta bienaventuranza. El amor hace gozosa la cruz del seguimiento; y la esperanza del triunfo definitivo del bien sobre el mal, de la vida sobre la muerte, le da sentido.

Conclusión

La experiencia del seguimiento hasta la muerte es posible gracias a la resurrección de Jesús. El seguimiento histórico terminó con el fracaso de la traición, de la negación y del abandono por parte de los discípulos. Será el encuentro con el Resucitado el que recree la vocación y la misión de los discípulos después de su dispersión y de la decepción del Viernes Santo. La resurrección de Jesús es el fundamento de la esperanza cristiana. Y terminará siendo también su contenido. Gracias a Él, esperamos la consumación que es Él mismo.

El Resucitado comunica su nueva vida por la fuerza del Espíritu. El hecho de la resurrección no afecta solamente a Jesús. Transforma a sus discípulos. Les hace pasar del miedo a la fortaleza, de la tristeza a la alegría, de la desilusión a la confianza, de la muerte a la vida. Los configura consigo y los transfigura según su existencia glorificada. La experiencia de Cristo resucitado

libera a sus seguidores de la sofocante angustia de la muerte y al mismo tiempo los hace servidores de la vida, entregados a la lucha contra las numerosas manifestaciones de muerte.

Creer hoy en el Resucitado es participar en el proceso de la resurrección de los muertos que se inicia en Él. La fe en que Jesús es la resurrección y la vida, implica sintonizar con la acción recreadora y vivificadora de Dios, contar con las inagotables posibilidades de Dios en nuestro mundo. La fe cristiana se refiere al Dios que hace posible lo que parece imposible.

Se trata de una fe esperanzada y creadora. Creer en la resurrección es dar testimonio vital de que ningún Viernes Santo de la historia es eterno; que después del momento más oscuro de la noche, de la vida, y de la historia comienza el alba; que la vida vence la muerte y la gracia al pecado, y que el amor es más fuerte que el odio y que todos los egoísmos. Y este testimonio es una tarea urgente en este, nuestro mundo, y particularmente en nuestro país, crucificado por tantas fuerzas de muerte y necesitado como nunca de testigos de esperanza.

Creer que Jesucristo es la resurrección y la vida es ponerse en contra de la muerte, de toda forma de muerte: La muerte física, la muerte social, la individual y la colectiva, la de los pueblos y la de la naturaleza. La fe que nace de la resurrección del crucificado es compromiso de lucha contra las causas de la muerte. La resurrección de Jesús es la gran protesta de Dios contra la muerte. El Dios resucitador es el Dios de la vida y se declara en favor de la vida. Al resucitar a Jesús crucificado, nos revela el fin de la muerte en Él y en todos. Llegará un día en que no habrá ni dolor, ni lágrimas, ni muerte. El Dios de la vida será todo en todos. Ello quiere decir que la muerte es provisional. Su desaparición es cuestión de tiempo.

La resurrección de Jesucristo actúa en nosotros por el amor y la esperanza. Se convierte en resistencia frente al mal. Se verifica en la paciencia durante la larga marcha de la historia. V

PRINCIPALES FUENTES EMPLEADAS

ALONSO, Severino María. Las Bienaventuranzas y la Vida Consagrada. Madrid: Publicaciones Claretianas, 1981.

FERNÁNDEZ, Bonifacio. El Cristo del Seguimiento. Madrid: Publicaciones Claretianas, 1995.

HENDRICKX, Herman. El Sermón de la Montaña. Madrid: Paulinas, 1986.

LAMBERT, Bernard. Las bienaventuranzas y la cultura hoy. Salamanca: Sígueme, 1987.

LÓPEZ M., Francisco Ma. Las Bienaventuranzas. Ley Fundamental de la Vida Cristiana. Madrid: PPC, 1978.

LOHFINK, Gerhard. El Sermón de la Montaña ¿Para quién? Barcelona: Herder, 1989

LORENZEN, Thorwald. Resurrección y Discipulado. Santander: Sal Terrae, 1998.

MARTINI, Carlos María. Las Bienaventuranzas. Bogotá: San Pablo, 1997.



Espiritualidad en tiempos de conflicto

Hna. Hilda Aponte, h de la c

Porque...

- El conflicto amenaza con desestabilización, desorientación y contaminación a los consagrados.

- Estos tiempos son también de gracia (Kairos) que hay que aprovechar, para volver a la experiencia fundante de cada uno de nuestros Institutos surgidos en momentos de crisis social y religiosa.

- El pueblo de Dios, y cada persona que se acerca a nosotros, espera, necesita encontrar en alguien un alivio a su sufrimiento.

Para...

- Responder a las amenazas y desafíos anteriores y vivir la gracia que traen los acontecimientos conflictivos.

- Adquirir claridad y rectitud de juicio acerca de la situación, a la luz del Evangelio.

- Prevenir y evitar el contagiarnos del ambiente violento y del pesimismo derrotista e inactivo.

- Fortalecernos y soportar los impactos de los hechos, sacando provecho personal y comunitario.

- Disponernos para ser fortaleza, luz y esperanza del pueblo de Dios, y prestarle sin trabas personales, y sí con alegría, los servicios que necesita cada uno, según el propio carisma.

- Testimoniar con la propia vida que Cristo Resucitado, Señor de la historia, sigue viviendo entre los hombres y busca con ellos caminos de VERDAD, JUSTICIA Y AMOR.

APROXIMACIÓN A LA REALIDAD

Colombia vive un momento crucial. Los niveles de desarrollo del conflicto armado interno son altos. Los factores de escalonamiento asociados al Plan Colombia, al paramilitarismo y la expansión de las acciones militares de la insurgencia armada, amenazan con llevar al país por el abismo de la guerra y con cerrar los espacios de negociación política. Ya lo estamos comprobando.

Existe, además, una grave situación de violación de derechos humanos que no sólo no se resuelve, sino que se agrava; crisis humanitaria causada por fenómenos tan graves como el desplazamiento forzado: Hablamos de cinco millones de personas. Se declara la guerra a pequeños cultivadores de coca que hacen parte de diez millones de campesinos pobres, sin tierra y obligados a buscar alternativas de subsistencia en medio de la violencia y el éxodo. Porque al éxodo por la violencia se suma el éxodo de campesinos por la pobreza y la crisis agropecuaria que determina el modelo económico impuesto. Existe un 22% de desempleados por despidos masivos y quiebras de empresas y subempleo.

Otras de nuestras grandes pobrezas son el analfabetismo que alcanza al 55% y la salud que deja sin ninguna protección al 52% de los colombianos entre niños, adultos y ancianos. Los problemas ocasionados por la violencia intra familiar y por carencias afectivas, están aumentando cada día más el número de drogadictos entre niños y jóvenes.

Por si faltara algo, se ponen en peligro el medio ambiente y la biodiversidad en la inmensa región amazónica -patrimonio natural de la humanidad- y en otros lugares, debido a la quema indiscriminada de bosques y al empleo de químicos en la erradicación de cultivos de uso ilícito que igual origina la contaminación del agua, etc.

Y ¿qué decir de los desastres sociales y humanitarios ocasionados por la corrupción de la clase política, por el narcotráfico y por la cultura de antivalores que nos proporcionan los medios de comunicación social?

Como vemos, la estructura social encargada precisamente de velar por el bienestar de quienes conforman el país como que consideran inalcanzables sus objetivos, porque en cada uno de sus ámbitos podemos palpar realidades verdaderamente lamentables.

Esto es sólo una pequeña aproximación a la realidad. Esta realidad es más amplia y diversa, y más en este momento en el que la guerra se ha recrudecido y parece que el futuro es cada día más incierto.

Esto hace parte de la expresión del dolor de nuestro pueblo en donde, como también sabemos, brota la vida, las riquezas de la tierra, lo hermoso y variado de sus paisajes, la bondad, la alegría y la creatividad de la gente de nuestro querido país, junto a los esfuerzos que cada uno hacemos para que haya cultura, justicia y paz que contribuyen al florecimiento de la vida.

Entraré a ratificar estas realidades con algunas experiencias de las víctimas del conflicto. Teniendo como base los salmos 74, 79 y 123, los invito para que hagamos de ello una oración y dejemos que sus voces penetren nuestro corazón.

Nuestro pueblo tiene fe profunda en el único Dios. El compromiso de miles de personas, entre ellas las de religiosos y religiosas junto a aquellos hermanos que necesitan el apoyo, orientación, estímulos que los lleve a superar sus problemas para no caer así en las redes de la desesperación, son muestras de vida.

Experiencias de víctimas del conflicto

Son varios los salmos que pueden servirnos para expresar la experiencia y el sentimiento de la gente que afronta en carne propia el conflicto. Me sirvo de algunos de ellos para describir lo que a diario se escucha en los relatos:

- ¡Oh Dios! Los violentos han entrado al territorio..., han profanado tu templo, han hecho un montón de ruinas; han tirado los cadáveres como alimento a las aves del cielo o a las fieras de los ríos... Han derramado la sangre como agua... Nadie les da la sepultura... Estamos en la miseria. (Cfr. Salmo 79).

- El enemigo lo destruyó todo, pusieron su bandera como signo de victoria, utilizaron sus hachas de doble filo..., sus martillos, sus balas, sus botas y sus sierras destrozaron nuestras puertas..., mataron nuestros hijos, padres y hermanos, violaron las mujeres y prendieron fuego... Estamos sin bandera, no tenemos profetas y nadie entre nosotros sabe hasta cuándo... ¿Por qué nos retiras tu protección y apartas de nosotros tu fuerza? No tengo a donde huir... Nadie mira por mi vida. Entro a la ciudad..., desfallecido de hambre. Vago sin sentido, busco las parroquias, recojo los deshechos, duermo en las aceras o en los ranchos de cartón. Nadie me escucha... El miedo me acobarda. Tengo mis pies cansados y el corazón helado. ¿Es que tendré que robar y mentir para vivir? (Cfr. Salmo 74).

- En el momento de mi angustia, busco al Señor; de noche con mi llanto, levanto mis manos, pero no encuentro consuelo... Mientras más medito, más me desanimo... No me deja dormir, estoy angustiado y no puedo hablar... Pienso en los días lejanos, en los años pasados con mis vacas y mis plantas, con el arado, con mi tierra, con mis hijos corriendo libres por el campo. De noche reflexiono, lo medito y me pregunto: ¿Dónde está Dios? ¿Es que mi pecado merece todo esto? (Cfr. Salmo 123).

Oración de un habitante de la calle

Gabriel oró en voz alta y completó el Salmo 123

A ti levanto mis ojos:
Tú que habitas en el cielo
y en las calles por donde camino,
siempre me acompañas;

ya llevo 19 años preso del vicio;
te agradezco porque me has librado
de cosas muy duras;
siento que tus palabras me las diriges
cuando soy tentado por Satanás
para hacer algún mal.

La presencia del Señor
siempre me acompaña.
Él camina con nosotros ahora,
no lo vemos, pero todos los días
paso por la misma calle, a las 3:30,
y encuentro un poco de arroz
en una bolsa plástica,
que siempre me deja una señora,
en el tronco de un árbol.
Y ahí está Dios.
Él me consigue las cosas
por manos de otros.

Soy uno de sus siervos,
pero cuando puedo levantar los ojos
logro verlo en el que no me trata mal,
en el que no me desprecia.
Yo soy tiznado, pero soy una persona,
y sé que Dios me quiere
y me ha librado de la muerte
cada vez que me esposan
y me llevan a la guandoca.

Yo rezo a Dios
por otros que son más pobres que yo,
y Él me está dando voluntad
para salir de este vicio;
hay personas que me están ayudando
y yo rezo por ellas.
Cuando puedo servir a los demás, lo hago,
y también rezo por los enfermos.
Mi abuelita me enseñó
que debía rezar todas las noches
y no hacerle mal a nadie.

Dios está golpeando a mi puerta,
yo estoy cambiando,
me estoy recuperando,
asi es que ahora comprendo
que Dios me quiere, y me lo demuestra
en los que me hacen el bien.

Dice el Salmista:
"Ten piedad de nosotros Yahvé,
que estamos saturados de desprecios".

Experiencias de religiosos en zonas de conflicto

Escuchemos algunos relatos:

Miedo e inseguridad

´¡Dios Santo!´ Es la expresión que sale de mi boca, al ver subir por las lomas de la vereda en "Misión de Navidad" tres grandes grupos, entre cien y ciento diez hombres y mujeres, vestidos de uniforme verde, botas, cargando ollas tiznadas, un maletín que contiene carpas, radioteléfonos, linternas "camufladas" de luz tenue. Sofisticado armamento con que cubren sus hombros, con su gruesa correa a la cintura, rodeada de granadas, y en su brazo sosteniendo un pesado fusil... Entonces vinieron a mi mente aquellas imágenes de las noticias de la tele: Asuntos del Banco Agrario, secuestros, asesinatos, voladuras de torres de energía, pueblos destrozados por los cilindros de gas, etc. Sentí miedo al ver, por primera vez, todo un "Batallón" de aquellos que sólo conocía por la tele: "¡La guerrilla! Y ahora, ¿qué hacer?", me pregunté al dar cada paso hacia la casa donde me dirigía a desayunar, y en donde iría a compartir la mesa con ´ellos´... "Niñito Jesús, ayúdame a que seas Tú el que actúes y yo sea capaz de afrontar esto", dije en mí interior...

Dolor y compasión

Al llegar a la casa, y al saludar a los nuevos "huéspedes", vi rostros tan jóvenes, entre los trece y cuarenta años, cansados de largas caminatas, que pedían con urgencia a la dueña de casa les vendiera lo que tuviera en esa tiendita; y otros, que les vendiera el desayuno. Mientras descargaban sus armas y se acomodaban en el lugar, empecé a experimentar la verdadera realidad de los POBRES... Ya no sería desde la "tacita de cristal" (LA COMUNIDAD), en donde me dirigiría al Buen Dios, a elevar mis súplicas por las necesidades de mis hermanos los pobres, los campesinos; por la PAZ de mi querida Colombia, sino desde la vida concreta, "la chocita sin luz", en donde se vive y se ve la "Mancha de Amapola", "los milicianos", los entrenamientos para el combate..., me surge el miedo a hablar. Es aquí en donde el Amor de Dios llora por el dolor de sus hijos e hijas; es aquí, en el dolor de la humanidad, donde me uní al evangelista Mateo para clamar: "Que florezca la justicia para que abunde la paz eternamente".

Rabia e impotencia

Tan sólo cuando llego al pueblo y experimento con todos la noche de terror, donde la "tranquilidad" es perturbada por explosiones que acaban con trabajos realizados durante años, por el silbido de las balas que parecen que te van a atravesar, por el tropel de las botas de hombres que son hijos, padres, hermanos y quienes más adelante se encontrarán sobre las calles desoladas con otros tantos sin ningún aliento de vida; en fin, por los gritos silenciosos de las multitudes que luchan por sobrevivir; tan sólo en ese instante se entiende y se acepta que también estás ahí, como el pobre, que siente miedo, rabia, impotencia como el más diminuto de los seres humanos; sientes que también puedes morir. Es entonces cuando te acercas a ese otro mundo, que es el de las mayorías, el de los pobres, el de los inocentes, quizá el de los tuyos, como el de los míos.

Coraje y confianza en Dios

Estos nueve dias de novena fueron los más intensos que he tenido en mi vida, pero, eso sí, los más fuertes y revitalizadores de esta opción por Jesús y el Reino.

Experimento que mi oración y la del pueblo tiene

"El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién he de temer?
El Señor es el refugio de mi vida,
¿quién me hará temblar?...

Aunque acampe contra mi un ejército,
mi corazón no teme;
aunque entablen una guerra contra mí,
estoy seguro en ella.

Una cosa pido al Señor,
y eso buscaré:
vivir en la casa del Señor
todos los días de mi vida...

Me dice el corazón:
"Busca su rostro"
Sí, tu rostro, Señor,
es lo que busco...

Espero gozar los bienes del Señor
en la tierra de los vivos.
Espera en el Señor,
sé fuerte;
ten ánimo,
espera en el Señor.

(Salmo 27)

Iluminación Bíblico-Teológica

Les invito a que iluminemos la reflexión anterior desde el siguiente texto: Éxodo 3: 1 - 12. Nos colocamos al principio de la historia israelita, paradigma de todas las opresiones de la historia y signo de esperanza de todos los caminos de liberación de esclavitudes: Nos envuelve el hambre, la violencia, la opresión: Crece la injusticia.

Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián. Una vez que llevó las ovejas por el desierto y llegó hasta el Horet, la montaña de Dios, el ángel de Yahvé se le apareció en forma de llama de fuego, en medio de la zarza. Moisés miró y vio que la zarza estaba ardiendo, pero no se consumía. Moisés dijo: "Voy a acercarme para ver esta maravilla: ¿Por qué no se quema la zarza?"

Cuando vio Yahvé que Moisés se acercaba para mirar, le llamó de en medio de la zarza, y dijo: "¡Moisés, Moisés!" Y él respondió: "Aquí estoy".

Entonces le dijo: "No te acerques. Quítate las sandalias de los pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada". Y añadió: "Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob".

Moisés se cubrió el rostro porque tenía temor de mirar a Dios. Y Yahvé le dijo: "He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he escuchado sus quejas contra sus opresores, ya conozco sus sufrimientos. El clamor de los Israelitas ha llegado hasta mí y además he visto cómo los tiranizaban los egipcios. Ahora, anda que te envío al Faraón, para que saques a mi pueblo, los hijos de Israel, de Egipto".

Moisés estuvo frente a la zarza ardiente. Podemos preguntarnos: ¿Reconocerá Moisés al Señor? ¿Cómo lo reconocerá?

Si Moisés no descubre al Señor, se quedará para siempre cuidando cabras, lejos de la gente con la que ha crecido y lejos de su pueblo. Se resolvió Moisés, y dijo: "Voy a acercarme para ver esta maravilla: ¿Por qué no se quema la zarza?"

Esto nos enseña que debemos leer con profundidad la realidad que encontramos o nos quedaremos, más bien, cuidando apaciblemente nuestras cabras, protegiendo nuestras obras, propiedades, instituciones, acomodamientos, sin comprender las imágenes que llevamos en la retina.

Sigue toda la narración del diálogo entre Moisés y Dios. Para contemplar la maravilla tiene que quitarse las sandalias porque el lugar es santo. Dios quiere revelarse, y revelar el dolor que siente por la opresión de su pueblo. Le preocupa mucho la situación de su pequeño rebaño "Dios es el que ve la opresión de los esclavos, el que escucha el clamor de los cautivos y está decidido a liberarles". ¡He bajado! Quiere que sepamos que asume personalmente el camino de los oprimidos.

La cercanía con los pobres nos hace descubrir que ellos mismos son "un

lugar teológico" de encuentro con el Señor. Su atropello no sólo reclama la ternura de Dios, sino que nos hace descubrir que los pobres son una reserva de valores humanos y religiosos que el mundo actual necesita con urgencia. Los pobres nos humanizan, su vida es una fuente de espiritualidad; hagamos el esfuerzo por descubrirla.

Los pobres nos humanizan, su vida es una fuente de espiritualidad; hagamos el esfuerzo por descubrirla.

Moisés miró, vio la miseria del pueblo esclavizado (2: 11), al hebreo maltratado por el egipcio (2: 11), miró la zarza que lo conduce al encuentro con Dios (3: 2 ss) para culminar con la mirada de Dios que lo conecta con la decisión de poner en marcha el dinamismo liberador y redentor (3: 7).

Si nosotros queremos descubrir a Dios en la persona violentada tenemos que descalzarnos. Muchas veces nuestros zapatos son un gran impedimento para llegar a descubrir las maravillas de salvación que existen en nuestro pueblo oprimido. Nuestro calzado nos da seguridad, nos hace caminar duro, nos impide pisar sus huellas, nos sirve para girar hacia otro lado, y con este calzado nos vamos alejando de sus realidades.

La situación de nuestro pueblo explotado, violentado, nos impulsa, nos urge a elaborar una teología de la vida religiosa que tenga la espiritualidad de los "anawin", del "pequeño resto". Hemos estado demasiado familiarizados con el mundo del poder, del saber y del tener. Necesitamos hacer nuestra propia Kénosis como vida religiosa. Sólo sintiéndonos empobrecidos podremos reafirmar nuestra confianza en Dios y seremos entre ellos los verdaderos hermanos que en fraternidad y en comunión lograremos la liberación.

Nuestros fundadores sí que miraron, oyeron, caminaron, respondieron y no temieron las tremendas realidades que les tocó vivir. La espiritualidad que nos legaron es rica en experiencias de revelación de Dios desde los oprimidos, porque encontraron en ellos siempre los rasgos de la bondad del Dios Liberador.

La experiencia del Éxodo no puede cerrarse en el pasado, ni tampoco aplicarse automáticamente. Eso significa que debemos reactualizar sus líneas maestras, sabiendo situar nuestra realidad actual, en línea pascual de muerte y resurrección.

Cristo, centro de la historia

"Él es quien nos arrancó del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al Reino de su Hijo amado, de quien nos viene la liberación y el perdón de los pecados" (Col. 1: 13 -14). Cristo nos da a conocer el "Misterio", que no es otra cosa sino la realización de la salvación por su muerte y resurrección. Cristo es el vínculo y centro de todo el universo, tanto en su creación, porque todo fue creado por Él y para Él, como en su salvación, porque Él es quien redime. Cristo está vivo y operante, suscita el

bien, crea la comunión, sostiene el esfuerzo de los hombres de buena voluntad que buscan la justicia, la paz y la fraternidad.

Encuentro privilegiado de Jesucristo en los pobres

"Él ha querido identificarse con ternura especial con los más débiles y pobres" (Puebla 196). Él mismo nos lo ha dado a conocer: *"En verdad os digo, siempre que lo hicieron con alguno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicieron"* (Mt. 25: 42-43).

Esta identificación particular de Cristo con los pobres, convierte la experiencia del pobre en una experiencia especial de Dios. Un Dios que en ellos se revela, en su Hijo hecho hombre, "Siervo de Yahvé", débil, necesitado, desamparado, perseguido.

En Mateo encontramos los criterios y la medida con que Cristo ha de juzgar, incluso a quienes no lo hayan reconocido. El documento de Puebla, numeral 32, 39, nos muestra unos rostros de hermanos que nos interpelan y cuestionan; hoy podemos sumarle muchos rostros más, debido a las situaciones inhumanas a que están sometidos tantos hermanos en nuestro país, en múltiples lugares donde nos encontramos trabajando.

En ellos la imagen de Dios se halla ensombrecida y aún escarnecida (P. 1142). En el siguiente canto de Manzano encontramos plasmada esa realidad de la presencia real y pluriforme de Jesús, en los hermanos, y que aún podemos hacerla más universal:

Su nombre es el Señor, y pasa hambre,
y clama por la boca del hambriento.
Y muchos que lo ven, pasan de largo,
acaso por llegar temprano al templo.
Su nombre es el Señor, y sed soporta;
y está en quien de justicia va sediento,
y muchos que lo ven pasan de largo
a veces ocupados en sus rezos.

PISTAS PARA UNA ESPIRITUALIDAD EN TIEMPOS DE CONFLICTO

El marco de la realidad y doctrinal anterior, nos lanza a buscar y definir una espiritualidad que sea la expresión de nuestra vida cristiana y de consagrados, que sea la expresión de nuestros compromisos.

Colombia y el mundo se encuentran al borde de un cataclismo social total. La Palabra de Dios hoy y el sufrimiento de los hermanos, nos piden forjar una espiritualidad que resista los tiempos de guerra; que nos dé valor para romper el odio y los rencores; que nos quite el miedo y la cobardía; que nos lance a la lucha por los valores morales, éticos,

La Palabra de Dios hoy y el sufrimiento de los hermanos, nos piden forjar una espiritualidad que resista los tiempos de guerra.

humanos, religiosos; que fortalezca nuestra esperanza ante el colmo de la desidia humana, y que fortalezca nuestra decisión para estar cerca del que sufre, del más desprotegido.

Hemos escuchado las voces de nuestros hermanos violados en sus derechos, en sus vidas, abatidos por la droga, el maltrato, el hambre, el secuestro, el desplazamiento; esto no puede producir en nosotros agresión, desesperanza, odios, venganzas. Tampoco nos podemos replegar en una espiritualidad intimista, menos aún tener actitudes ambiguas que generen confusión y manipulación.

Al encontrar a Dios en estos hermanos y acontecimientos, tenemos que experimentar que Él se nos presenta con exigencias que nos envían al corazón mismo de la vida, para que, desde allí, demos una respuesta adecuada, comprometida, capaz de transformar. Nuestra espiritualidad tiene que ser Cristocéntrica y de cara a la realidad.

Por eso, debemos identificarnos en este mundo en guerra con compromisos concretos y eficaces, que partan de una experiencia de Dios personal y comunitaria, y de una visión nueva de la realidad en la que vivimos y la que debemos cambiar.

La contemplación y la decisión

Dios conoce el sufrimiento de los oprimidos, siente lástima de ese pueblo y busca a Moisés para obrar la liberación. Hoy no nos basta con ver, con mirar y señalar hechos y datos estadísticos. Es preciso buscar con ojos de fe la presencia de Dios en la historia, y no lo podemos alcanzar si nuestra vida no está marcada y dinamizada por la experiencia de Dios en el ámbito personal y comunitario.

Esta experiencia nos ayudará a descubrir los planes de Dios en la historia, y a leer en los acontecimientos su mensaje interpelado; ahí encontraremos al Dios de la misericordia y de la fidelidad, que pide al hombre una respuesta de devoción amorosa y fiel a Él, y de amor y bondad hacia los semejantes.

Abrir los ojos del corazón y situarnos en la misma perspectiva con que Dios mira, escucha y siente por dentro tanto dolor sobre el mundo, para encontrar la respuesta adecuada a la misión ineludible del *"Anda, que te envío al Faraón, para que saques a mi pueblo de la opresión"* (Ex. 3: 10).

Tal vez, en nuestras vidas protegidas, surgen muchos temores que nos impiden conocer las realidades de sufrimiento de nuestro pueblo hoy; seguramente, nos sentimos intimidados y nos decimos que nada podemos hacer; y que sólo nos queda el silencio compasivo como lo hicieron los amigos de Job, que *"se sentaron en el suelo junto a él, durante siete días y siete noches. Y ninguno le dijo una palabra porque veían que el dolor era muy grande"* (Job 2: 13).

He bajado... Dios se hace presente a través de Jesucristo, se metió en nuestra humanidad, se acercó al pobre explotado, sintió su propio dolor.

La escucha y el diálogo con el mundo y con la historia que estamos viviendo

nos remiten al corazón de nuestra vocación. Cristo y su evangelio están en el centro de todo, expongamos nuestra vida a su mirada, con la certeza de que Él es nuestra esperanza.

Si nuestras comunidades no viven el encuentro con el Misterio de Dios en Jesucristo, y no son, en primer lugar, "Escuelas de vida vivida", no podemos acoger los retos del mundo de hoy, ni leer la presencia y la bondad de Dios que hay en él: Ha llegado el momento de ofrecer una presencia que encienda fuego, nos tenemos que convertir en llama. La calidad evangélica de vida y el ardor profético de nuestro testimonio, dependerán mucho de la disponibilidad y de nuestro querer dejarnos arrastrar por el Espíritu del Señor, que trasciende cualquier estructura.

¡Ah! Pero no podemos avanzar si existen odios y rencores, pequeñas o grandes rencillas, si en nuestra vida o en nuestras comunidades falta la reconciliación, el perdón, el amor fraterno. Que Dios nos dé la confianza en medio de la angustia. Desterremos los sentimientos agresivos que nos pueden acompañar, todo aquello que obstaculiza nuestras relaciones, impidiéndonos ser signos sensibles del Dios amor, liberador. Que Dios nos dé fuerzas para superar el terror que podamos experimentar; que nos empuje a consolar y proteger a las víctimas de la injusticia y de la violencia.

Acerquémonos a la zarza, contemplemos con ojos de fe, y ahí se nos revelará el Dios Liberador que nos dice: *"Ahora anda... No temas, estaré contigo"* (Ex. 3 12).

La alianza y la comunión

Los iconos de oriente resplandecen por su belleza y por lo que representan. Nuestra vida religiosa debe ser ese icono luminoso de la pretendida comunión y fraternidad universal. ¿No será que debemos trabajar por la globalización del amor y la solidaridad donde la imagen del Reino de Dios, como mesa abierta para todos, sea posible?

La espiritualidad de la comunión nos lleva a despojarnos, a sentirnos pobres, a contribuir sin prepotencia, como unos más, a acercarnos a la realidad de la destrucción, del odio, del hambre, del hermano menospreciado, para construir junto a todos y con ellos, un mundo más justo.

La comunión de la Trinidad, nos insta a liberar todo formalismo de lo "privado" y valorar nuestras diferencias como fuente de enriquecimiento y complementariedad para el mundo de hoy. Nosotros somos una pequeña minoría en este contexto social en el que nos movemos -globalización, mundialización-, pero con nuestra fuerza de alianza y comunión podemos contribuir a que se altere la lógica de la globalización excluyente, para que nazca una auténtica mundialización del amor, la justicia, la ternura y la dignificación de todo ser humano.

La espiritualidad de la comunión nos lleva a despojarnos, a sentirnos pobres, a contribuir sin prepotencia, como

unos más; a acercarnos a la realidad de la destrucción, del odio, del hambre, del hermano menospreciado, para construir junto a todos y con ellos, un mundo más justo en el que se participe en la salud, la educación, la cultura, el respeto, la promoción integral de la persona; en donde presentemos nuevas alternativas para su desarrollo.

Descubramos la profunda comunión que nos enlaza, hagamos de nuestros carismas una gran red; es la hora de una nueva imaginación de la caridad. Superemos viejos recelos, protagonismos y toda tentación de poder y de prestigio.

Nuestro pueblo cuenta con nuestra generosidad. Cuántas veces hemos dicho que si trabajamos más unidos, en una profunda comunión, llegaremos a más hermanos necesitados y que nuestro trabajo será de mejor calidad; pero aún no lo hemos logrado. Dejémonos interpelar por la realidad, rompamos las redes del egoísmo y del individualismo, del encerramiento y démonos la mano, abrámonos a la comunión entre todos, así contribuiremos eficazmente en la construcción de la justicia y la paz.

Preguntémonos: ¿Para qué nuestra consagración? Son ellos, las víctimas de la injusticia, los que reclaman silenciosamente que no se les deje solos, que no se les olvide, que necesitan al misionero, al consagrado, allí donde al experimentar la solidaridad y el dolor les reconforte y anime la presencia silenciosa; no piden que gritemos, que salgamos al combate, piden vernos tan cerca que puedan sentir que realmente los acompañamos en el dolor... Es ahí cuando debemos testimoniar la Misericordia de Dios, la fuerza de su Palabra y la fortaleza del Espíritu. Es ahí donde nuestra acción pastoral debe ser decisiva y clara, donde debemos hacer explícito el Evangelio; es ahí donde debemos dar la Buena Noticia de la Salvación. ¿No es ésta la razón de nuestra consagración, en cualquier lugar donde nos encontremos?

La fortaleza y la verdad

En los Hechos de los Apóstoles, recordamos a Pedro y a Juan ante el consejo de ancianos (4: 14-31). Este acontecimiento nos recuerda el momento en el que Jesús compareció ante Poncio Pilato. Jesús es el único Salvador y el anuncio de esta Buena Nueva, y no puede ser detenido por amenazas y persecuciones; de hecho la Iglesia desde un comienzo sufre la persecución y la prueba. Pedro y Juan, ante el consejo de ancianos, se sienten fortalecidos por el Espíritu de Dios, y dicen: "*Por nuestra parte no podemos dejar de proclamar lo que hemos visto y oído*" (Hc. 4: 20).

Jesucristo es la Luz verdadera que ilumina a todo hombre. Los hombres llegan a ser luz en el Señor e hijos de la Luz (Ef. 5: 8), y se santifican "*obedeciendo a la verdad*" (1°. Pedro 1: 22). Esto

> *Tenemos que sentirnos libres para decir la verdad sobre los problemas de nuestro pueblo, aunque perdamos imagen y tranquilidad.*

no es fácil, ya que nuestra naturaleza está debilitada por el pecado. "*Ante las graves formas de injusticia social y económica, así como de corrupción política que padecen nuestros pueblos y naciones enteras, aumenta la indignada reacción de muchísimas personas oprimidas y humilladas en sus derechos humanos fundamentales, y se difunde y agudiza cada vez más la necesidad de una radical renovación personal, social e institucional, capaz de asegurar justicia, solidaridad, honestidad y transparencia*" (El Esplendor de la Verdad, 98).

El camino por recorrer no es fácil en este ambiente de tanta ambigüedad, confusión, mentira. Tenemos que sentirnos libres para decir la verdad sobre los problemas de nuestro pueblo, aunque perdamos imagen y tranquilidad.

"*Yo soy la verdad*", ha expresado Cristo. Él dice las cosas como son. Sus intenciones son rectas, todo lo dirige a Dios. Él anima a sus discípulos a tener pasión por la verdad. A lo largo del Evangelio descubrimos su insistencia para que fueran auténticos, coherentes, íntegros, transparentes, fuertes.

Por nuestra misión profética estamos llamados a tener estas mismas actitudes; ante nuestro pueblo azotado debemos levantar la bandera de Cristo, Verdad y Vida. Esto nos lo exige también nuestro discipulado. El documento "Vita Consecrata" nos dice: "*El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la Voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad*" (84).

- "Decir la verdad" una disciplina difícil, especialmente cuando entra en juego nuestra propia conveniencia o cuando la verdad es molesta.
- Dar testimonio de la verdad o de autenticidad personal que hace que la vida de una persona sea coherente con lo que dice.
- Buscar humildemente la verdad, como un viajero, en lugar de poseerla como un propietario.
- Practicar la verdad a través de las obras de justicia y caridad.
- Vivir la verdad como consagrados, con estilos de vida sobrios y sencillos, y con una profunda solidaridad.
- "*Expresar la verdad con claridad, sin temor, utilizando un lenguaje sencillo, transparente, sin tanto discurso que confunde y nos hace aparecer prepotentes*" (Padre Robert Maloney, Superior General, cm).

La solidaridad

"*Ciertamente que nunca faltarán pobres en este país, por esto les doy Yo este mandato: Debes abrir tu mano a tu hermano, a aquel de los tuyos que es indigente y pobre en tu tierra*" (Dt. 15: 11).

Nosotros los consagrados, hoy más que nunca, debemos comprender y vivir este mandamiento de Dios. El dolor de nuestro pueblo nos obliga a reinventar formas para hacer explícita la caridad, a través de una solidaridad llena de esperanza en el futuro, de credibilidad en los valores y talentos de cada uno; una solidaridad que es más

que la ayuda mutua, más que la limosna. Es la caridad social siempre abierta, la preocupación por el bien del prójimo y, sobre todo, por los más pobres y explotados y por las víctimas del conflicto; la compasión que incita al Buen Samaritano. Es presentarles alternativas de empresas solidarias para asegurar la subsistencia. "*Es, también, anuncio del Reino, que comunica el pleno sentido de la vida, de la esperanza, del amor*" (Juan Pablo II, "Mensaje de Cuaresma 2002").

Tenemos que empezar a vivir de manera diferente, a actuar de un modo nuevo, a la manera de Jesús. Siguiendo siempre sus pasos avanzaremos hacia la solidaridad, con actitudes concretas de acogida hacia los que están en sufrimiento; así ellos deben experimentar que son apreciados, valorados, respetados, tenidos en cuenta.

Sólo podremos enfrentar la globalización económica y cultural si nos lanzamos a crear una gran red de solidaridad. Hoy nos encontramos ante un gran desafío en Colombia y sólo podremos afrontarlo con fe y esperanza. Los que creemos en Jesús, desde Él y con Él, construyamos la globalización de la solidaridad promoviendo la paz y la reconciliación mediante el amor y la amistad, frente a toda forma de violencia, discriminación y exclusión; arriesguemos la vida por Cristo y por las víctimas de la injusticia y de la violencia, y busquemos la forma de estar cerca de ellos, para que así descubran y sientan su condición de hijos predilectos de Dios.

Nuestros Pastores, reunidos en Conferencia Episcopal, expresan: "*Comprendemos que somos ministros de misericordia y consuelo, de manera muy especial, para las víctimas de la violencia, que con muchas expresiones se padece ahora en nuestro territorio. A las víctimas del secuestro, de los desplazamientos forzados, a los familiares de las víctimas de masacres, a quienes han sido violentamente privados de sus propiedades, les ofrecemos el testimonio de nuestra cercanía y el apoyo de nuestra oración*" *(Monseñor Alberto Giraldo Jaramillo, en su mensaje "Llamado a la Unidad y a la Esperanza", Febrero 21 de 2002).*

MEDIOS

1. Centramos en el Misterio Pascual: Encamación, Muerte y Resurrección. (Filip. 2: 5 - 11).
2. Penetrar más en la visión bíblica de la historia y de los acontecimientos, como signos de la presencia salvífica de Dios y de novedad de la creación (Lc. 24: 25; Rm. 8: 18; Tob. 13: 1 - 10).
3. Análisis objetivo y cristiano de los acontecimientos. (Mt. 16: 1 - 4; 24: 24).
4. Oración de discernimiento con iluminación de la Palabra de Dios. (Lc. 24: 25 - 29).
5. Meditación asidua del Misterio de la Cruz. (Lc. 18: 31 - 34; Jn. 3: 14 ss).

6. Cultivo:
   a) De la confianza en la Divina Providencia y de la conciencia de la presencia del Señor. (Lc. 12: 22 - 31; 21: 4 - 14).
   b) De la actitud de conversión continua como respuesta a la interpelación de los acontecimientos. (Lc. 13: 1 - 5).
   c) De la fortaleza del carisma. (Hechos 4: 14 - 31).
   d) Sacar del carisma propio, respuestas nuevas frente a la situación. (1º. Tm. 4: 14).

Conclusión

- ESPIRITUALIDAD DE LA ESCUCHA: Creo que ante todo, lo que la gente necesita es ser escuchada para ser comprendida y amada.

- ESPIRITUALIDAD DE LA SOLIDARIDAD: Que nos lleve a salir de nosotros mismos para compartir nuestras propias riquezas y, a partir de ahí, ayudar a superar las mutuas desconfianzas.

- ESPIRITUALIDAD DE LA ESPERANZA: No ya en las ayudas que pueden provenir del Estado, sino en la fuerza del amor proveniente del Dios Amor, que nos hace hermanos capaces de superar juntos la adversidad y empezar a vivir en una nueva sociedad.

- ESPIRITUALIDAD DE LA ACCIÓN Y DE LA CRUZ: No es tiempo para quedarnos contemplando el panorama o hacer bellas reflexiones. No es el tiempo de escondernos en nuestras seguridades. LA EXPERIENCIA DE DIOS, que plantea como base y plataforma la REFUNDACIÓN DE LA VIDA CONSAGRADA, pasa a ser, ante todo, UNA EXPERIENCIA DE COMUNIÓN. Quien no logra salir de sí para ponerse al servicio del hermano, puede estar seguro que no ha logrado una auténtica experiencia de Dios. Basta abrir la Biblia para constatar que todo ENCUENTRO CON DIOS, ha implicado siempre un éxodo en busca de aquellos necesitados de ayuda y salvación. ¿Para qué llamó Dios a Moisés, a los profetas, a los apóstoles? ¿En qué acabaron todos ellos?

- Como María, tener un abandono total en Dios. Una aceptación de su Palabra, una actitud de Sierva fiel y fuerte ante el Misterio Pascual, y una gran apertura al Espíritu para contribuir así a la extensión del Reino de Dios desde el puesto que ocupamos en la Iglesia y junto a los más pobres. V

BIBLIOGRAFÍA

Sagrada Escritura

Comisión Episcopal de Acción Social. El encuentro con Jesucristo vivo en los Pobres. Colección Iglesia en América. LIMA 2001

Colombia Construcción Democrática de la Paz. Memorias Encuentro Costa Rica, 2000

Exhortación Apostólica VITA CONSECRATA

JUAN PABLO II. El Esplendor de la Verdad. Carta Encíclica.

MALONEY, Robert P., Superior General de la Congregación de la Misión e Hijas de la Caridad. Espiritualidad para Diversos Tiempos. 1998

CAMILO MACCISE, ocd. El Encuentro con Jesucristo vivo, Centro de la Vida Consagrada. Colección Iglesia en América.

PUEBLA. La Evangelización en el Presente y Futuro de América Latina

Unión Internacional de Superiores Generales. Boletín 116, 2001

Espiritualidad para tiempos de conflicto

P. Víctor M. Martínez Morales, s j

La situación de violencia que estamos viviendo desde hace ya varias décadas nos permite afirmar, sin temor a equivocarnos, que ya existen generaciones de niños, adolescentes y jóvenes que no conocen una Colombia en paz o tiempos de construcción del País en la cotidianidad de un ritmo de normalidad. Para muchos la única realidad que han conocido es una Colombia de muerte, cada vez más fragmentada y esclava del poder corrupto, el placer hedonista y el tener injusto.

El dolor y el sufrimiento a causa de esta situación ha podido llevar a oscurecer la fe de muchos cristianos, golpeado su esperanza y minado su caridad. La vida consagrada no ha sido la excepción. Muchos hermanos y hermanas han vivido momentos difíciles, verdaderamente duros y situaciones que han socavado su fe, cuestionado su consagración y hasta los han llevado a abandonar su camino de seguimiento.

> "Hemos sido testigos de diferentes respuestas: Algunos, golpeados por esta avalancha de tragedias, no quieren saber nada de noticias, ni medios de información, mucho menos del contacto directo con lugares y zonas de conflicto. Otros, desde sensibilidades maltratadas, quieren darle la espalda a esa realidad y sumergirse en un activismo evasivo. Un número grande ha sido invadido por la desilusión, y contagian a otros de desesperanza. Y hay otros que, desde su consagración y carisma, quieren hacer frente a esta realidad, pero sienten que el desánimo, la angustia y en no pocos casos, la amargura los hace desfallecer."
>
> MARTÍNEZ, Víctor. Refundación y profetismo en la vida consagrada, Colección Teología Hoy, 33. Facultad de Teología. Bogotá: PUJ, 2000, p. 25.

No nos dejemos engañar, ni nos engañemos a nosotros mismos: No necesitamos otra espiritualidad que

*No nos dejemos engañar,
ni nos engañemos
a nosotros mismos.
No necesitamos
otra espiritualidad
que aquella espiritualidad
que hemos heredado
de Jesús, el Cristo.*

aquella espiritualidad que hemos heredado de Jesús, el Cristo. No salgamos corriendo detrás de aquellos meteoritos que, como luces oportunistas, aparecen de repente y de repente desaparecen. No confundamos metodologías de oración y mecanismos de encuentro, los medios no pueden ser convertidos en fines. No tratemos de crear artificialmente nuevas máscaras que no nos permitan afrontar la realidad. No hagamos de nuestras propias espiritualidades congregacionales, analgésicos o alucinógenos que nos distancien de nuestro pueblo y de nuestra situación actual.

¿Cómo y desde cuál espiritualidad responder? Considero que se nos está haciendo un llamado a volver al espíritu del buen Jesús, volver a centrarnos en el Dios de Jesucristo, volver nuestra mirada al Espíritu y dejarnos seducir por Él. Una espiritualidad para tiempos

Una espiritualidad para tiempos de conflicto, como los que estamos viviendo, exige volver el corazón al Espíritu.

de conflicto, como los que estamos viviendo, exige volver el corazón al Espíritu, asumir nuestra realidad y situación de dolor y sufrimiento desde la acción del Espíritu.

Espiritualidad del silencio. Un silencio transformador

El ruido ensordecedor de las balas, los gritos de terror ante la amenaza de la proximidad de la muerte, el llanto y los lamentos de quienes despiden a sus seres queridos, han llevado a hacernos sordos a la voz del Espíritu.

Nos hemos venido ahogando en el ruido de los medios de comunicación y dejado conducir como veletas. Palabras, palabras, palabras carentes de significado, que producen un efecto adormecedor en nuestras conciencias y no nos dejan ver más allá, ni ir más allá del actuar como autómatas. De ahí nuestra ausencia de propuestas, de miradas nuevas, recreadoras y proactivas.

Hemos de volver a hacer silencio. El verdadero silencio es fuerza transformadora. El silencio lejos de ser aislamiento, huida, soledad, egoísmo, es presencia, apertura, disponibilidad y encuentro. Sólo en el silencio podemos saber ver y escuchar los signos de los tiempos y los signos de los espacios para poder responder a ellos. Sólo desde el silencio auténtico es posible realizar un discernimiento personal y comunitario que nos lleve a opciones concretas de acciones que nos transforman y transforman la realidad.

Si es verdad que hay silencios que angustian, distancian, acomplejan, aburren, evaden y matan, hay auténticos silencios, silencios transformadores que brotan de la serenidad, de la humildad, de la relación con el Misterio haciéndose camino de conversión.

Espiritualidad de la cruz. Una cruz liberadora

La cruz del dolor y el sufrimiento, producto de las catástrofes y tragedias, de las masacres y los resultados de la guerra, nos ha llevado a acostumbrarnos y a insensibilizarnos ante ella. Son

tantos los campos santos, tan numerosas las cruces que hemos bajado de ellas a los rostros concretos de Cristo. Nos hemos hecho nuestras propias cruces, incoloras, inodoras, insípidas, y muchos otros se han abrazado a sus cruces haciéndolas resignadamente placenteras, estoicas o amañadas.

Cruces sin Cristo o Cristos sin cruz, cruces mistificadas, espiritualizadas, enfermizas y paralizantes. Cruces que han llevado a la aceptación pasiva de la realidad, cruces cómplices de situaciones injustas, cruces sadomasoquistas, de culpabilidades morbosas y distorsionados escrúpulos.

Hemos de abrazar la cruz, la cruz de Jesucristo. La cruz, único camino de liberación. Para los oprimidos, los sufrientes, los totalmente resignados el mensaje de la crucifixión va más allá de la aceptación del abatimiento. Consiste en sufrir y morir en la fidelidad a una causa transformante, llena de esperanza. Cristo ha transformado la cruz en signo y fuente de amor y de entrega. Se trata del don de sufrir no como vencidos sino como actores comprometidos con una causa que es la misma causa de Cristo.

Ante la lógica del mundo que ha hecho de la cruz la actitud resignada de la aceptación del dolor y el sufrimiento, los criterios de verdad del Evangelio la presentan como signo indiscutible de compromiso radical. La locura de la caridad llevada al extremo, de la renuncia al poder y a la violencia. Es así como la cruz se hace liberadora, ¡asumiéndola! Ella se hace energía para llevar a cabo las tareas que impone la propia liberación y la de los demás.

Espiritualidad del símbolo. Transparencia de la realidad

El activismo propio de una sociedad como la nuestra, donde el individualismo nos ahoga en el intimismo, la superficialidad del inmediatismo, la cosificación de las significaciones y el interés de las relaciones. Tal actitud, como hemos asumido nuestro diario vivir, ha hecho de nosotros personalidades cerradas, muy centradas en nosotros mismos, autosuficientes y egocéntricas. Más aún, esta realidad de dolor y sufrimiento ha ido produciendo que aquel dolor físico y moral nos lleve a concentrarnos en nuestra propia interioridad y nos haga olvidarnos de los demás. Pareciera que sólo existiera nuestro dolor.

Es Jesús quien hoy como ayer nos invita a seguirle desde su actitud fundamental, siendo-para-los-demás; esta fuerza que acentúa el carácter proexistente se hace en nosotros ante el seguimiento de Jesucristo, compromiso existencial. Se trata de poder ver el mundo desde el carácter simbólico, constitutivo de nuestra existencia humana. Ver desde los ojos de Dios es poder captar que en lo humano, en lo verdaderamente humano se transparenta el rostro de Dios. El sentido de lo simbólico se da en la vida misma; hemos de recuperar esta mirada, somos capaces de esta actitud interior que nos lleve a descifrar el sentido simbólico del mundo.

Es así como la realidad que vivimos se hace transparencia de Dios, en donde el valor sacramental comporta una práctica cultural y ética inseparables, donde la práctica de nuestro culto no puede desvincularse de la justicia y de

la reconciliación. Nuestra oración se hace acción, nuestra vivencia sacramental se hace fraternidad.

Espiritualidad de la solidaridad. La pasión de partir la vida

Ante esta realidad de indiferencia, de una actitud de completa antipatía por lo otro, lo público, lo comunitario, se ha generado una actitud de no interesarnos por nada que no pertenezca al círculo de nuestro propio querer y entender. Lo demás no es incorporado a nuestro sistema de sentidos, intelección o voluntad. "Yo no vi", "yo no oí", "yo no sé"... No sólo la ausencia de importancia de los otros nos abraza, sino que el dolor y el sufrimiento de los otros nos fastidia. Hemos creado nuestros propios mundos, mundos que se van volviendo cada vez más cerrados; nos encapsulamos en nuestras propias islas, las cuales son cada vez más reducidas, intimistas, sin espacio para lo otro ni los otros.

Toda la vida de Jesús, sus acciones y palabras son testimonio de quien se parte por los otros, quien hace suyos los males y aflicciones de los otros.

Sentir compasión es apasionarnos por el otro hasta hacer nuestro su dolor. De tal manera que ejercer la misericordia con los otros es demostración concreta de amor.

Jesús nos da una gran lección con la parábola del buen samaritano. Sentir compasión significa obrar con el corazón, se trata de hacer nuestros los golpes y las heridas de quienes sufren. Sentir compasión es apasionarnos por el otro hasta hacer nuestro su dolor. De tal manera que ejercer la misericordia con los otros es demostración concreta de amor. Solidaridad con el que es víctima, ayuda afectiva y efectiva en el sentido de responder ante el débil con nuestra propia acción de misericordia.

He ahí la espiritualidad que se nos impone, salir de nosotros mismos para hacer nuestro el dolor y el sufrimiento de los otros. Hacer nuestro sus padecimientos, acción de solidaridad, poder compartir lo que somos y tenemos, partirnos por el otro.

Espiritualidad de la credibilidad. El arte de la verdad

Nos hemos sumido en una realidad de la mentira y del engaño. La falsedad y la corrupción han invadido todos los estamentos sociales y niveles de relación. Nos hemos convertido en verdaderos falsificadores, en falseadores de la verdad. La realidad se nos hace creíble desde lo increíble. La incredulidad del número de los asesinados y desaparecidos. Las cifras millonarias robadas, despilfarradas y desfalcadas.

La incredulidad sigue creciendo de manera desproporcionada ante el estado, la Iglesia y la misma sociedad civil. No creemos en el otro, menos en aquellos que no son significativos para el mundo. El pulular de religiones y de sectas, el prisma de espiritualismos y las fuerzas trascendentalistas de turno ha llevado también a no creer ni en dioses ni en Dios.

Gracias a Jesús sus contemporáneos vuelven a creer. En Jesucristo hoy nosotros volvemos a creer. En Jesucristo por su vida, sus dichos y hechos, hace que la verdad se ponga de manifiesto, se hace testimonio verdadero de Dios siendo transparencia del Padre, coherente con la misión dada y consecuente con su praxis vital.

Optar por el arte de la verdad nos hace creíbles, la espiritualidad de la credibilidad nos hace verdaderos. Nos apartaríamos de dobles morales, falsos procederes, engañosas actitudes y comportamientos mentirosos. La espiritualidad de la credibilidad nos volvería a las fuentes del amor primero, a la sencillez de los inicios y a la frescura y lozanía de las primigenias motivaciones de la entrega.

Espiritualidad de la esperanza. La profecía de lo posible

Son tales nuestras debilidades y amenazas, nuestras derrotas y padecimientos, las adversidades y los desencantos que el escepticismo y la apatía nos abrazan. Crece en nosotros la abulia y el aburrimiento, la tristeza y la nostalgia, la amargura y el resentimiento. Hoy más que nunca nos sentimos desmoralizados, desanimados y desalentados.

Cada vez con mayor fuerza la realidad nos desborda en el ahogo de los laberintos de lo contrario, lo difícil y lo insuperable. Nos hemos dejado envolver por el ambiente de lo no posible, no se puede, no lo intentes. Más aún, nos invade a todos el entorno de la calamidad, lo catastrófico y lo negativo. El fatalismo se ha convertido en "*signum*" y las desgracias en manifestaciones de nuestra cotidianidad.

La oveja que retorna al redil, la moneda encontrada, el árbol frondoso, la perla hallada en el campo; el ciego que recobra la vista, el tullido que anda, el leproso que queda sano son signos reales de la presencia de Dios en medio del mundo. En Jesucristo es posible lo que el mundo nos ha inducido a asumir como utopía, ilusión, mera quimera. La esperanza se presenta así como oportunidad, posibilidad, alternativa; la apertura de nuevos caminos, la búsqueda de nuevos horizontes, la realización de sueños e ideales.

Desde la esperanza es posible crear nuevos escenarios, crecer en la construcción de espacios distintos de convivencia, ser creativos en la elaboración de novedosas propuestas a favor de la paz y la justicia.



Apuntes para una espiritualidad de la Noviolencia

Hno. Alberto Degan, mccj

Jesús, profeta de la paz

Jesús "*vino a anunciar la Paz*" (Ef. 2:17), nos dice San Pablo. La paz, entonces, es la razón y la finalidad de la Encarnación de Cristo. Al despedirse de sus apóstoles, en efecto, y antes de ser capturado, Jesús afirma solemnemente: "*Os dejo la paz, mi paz os doy*" (Jn. 14. 27). Así, los Evangelios, nos presentan la paz como el don precioso que Jesús vino a regalar a sus discípulos para que lo comunicaran a los demás. Por consiguiente, paz será también la primera palabra del Resucitado: "*Paz a vosotros*" (Jn. 20: 21).

Sabemos que la palabra de Dios, crea: "*Dios dijo 'haya luz' y hubo luz*" (Gn. 1: 3). 'Paz', entonces, es la primera palabra creadora del resucitado. Resulta así evidente que la paz no es una cuestión que se refiere sólo a un sector específico de la evangelización y de la pastoral, no es un tratado marginal - o especialístico - de la teología, sino que es la palabra fundante de la nueva comunidad, del nuevo pueblo de Dios. Si Jesús se encarnó específicamente para eso, para dejarnos su paz y para que nosotros la anunciáramos a nuestros hermanos, la preocupación central de toda reflexión teológica cristiana - y de toda nuestra vida espiritual - debería ser la de entender qué paz vino a anunciar Jesús, y cómo sus discípulos tenemos que acoger y realizar esta paz que nuestro Maestro nos ha dejado.

Resulta aun más sorprendente, entonces, que en dos milenios los cristianos no hayamos logrado elaborar una coherente teología de la paz, frente a una elaboradísima teología de la guerra que recurre a sutilísimas disquisiciones y sofismas para legitimar la violencia y la matanza.

A partir de estas consideraciones preliminares, intentaré señalar algunos elementos fundamentales de una espiritualidad de la Noviolencia.

La Noviolencia como lucha contra el mal

La principal equivocación acerca de la Noviolencia es que, a menudo, se la confunde con la pasividad: Mucha gente identifica al noviolento con el que no reacciona a una agresión. También el término 'paz' generalmente se lo relaciona a una tranquilidad inactiva y a la falta de conflicto. Así decía Mons. Bello, presidente de Pax Christi Italia:

> "*Raras veces, oímos decir: 'esa persona se esfuerza en paz', 'lucha en paz'. Por el contrario, son más habituales en nuestro lenguaje las expresiones 'está pacíficamente sentado', 'está leyendo en paz' y, lógicamente, 'descansa en paz'. En resumen, la paz nos recuerda más la bata de estar en casa que la mochila de la excursión... Quizá se necesite una revolución de mentalidad para comprender que la paz exige lucha, sufrimiento, tenacidad, exige un elevado costo de incomprensión y de sacrificio... No anula la conflictividad. No tiene mucho que ver con la 'vida pacífica' vulgar... Postula la disponibilidad radical para 'perder' la paz, para poder alcanzarla*".

En realidad, la primera característica del militante noviolento es la sed de justicia, la indignación frente al mal y la

> *Un hombre puede ser noviolento sólo si está dispuesto en casos límite a perder la vida.*

capacidad de combatir. En efecto, el mundo en que vivimos, marcado por la violencia y la injusticia, no es pacífico: El que acepte 'pacíficamente' este estado de cosas se hace cómplice de la violencia. Construir la paz, entonces, implica rebelarse contra el status quo y combatir contra el mal. Así, no puede haber Noviolencia sin valentía, sin el coraje de denunciar todo lo que atenta contra la paz, aunque eso implica afrontar las amenazas de los poderes del mundo. Por eso, según Gandhi, un hombre puede ser noviolento sólo si está dispuesto en casos límite a perder la vida: "*No se puede enseñar la Noviolencia a aquel que tiene miedo de morir y no tiene energía para resistir*".

La Noviolencia como paz interior

Otro requisito fundamental de la acción noviolenta es la renuncia a todo sentimiento de venganza y a toda actitud de violencia. Buscar la 'justicia sin venganza', entonces, implica saber distinguir entre el mal que se quiere combatir y la persona que lo comete. Gandhi, por ejemplo, solía afirmar que amaba a los ingleses, aunque luchaba duramente contra el imperio británico. Para crecer en esta actitud interior es fundamental hacer objeto de nuestra oración la capacidad de amar a nuestros enemigos. Y así el Mahatma, antes de emprender una acción política contra los ingleses, reservaba siempre un tiempo para la oración y la purificación interior:

> "*La purificación de sí mismo, aun cuando pueda parecer que no ofrece ninguna realidad palpable, es el medio más poderoso para reformar nuestro entorno... A pesar de su aparente lentitud, es el medio más directo, más seguro y más corto para conocer la liberación y la paz*".

Generalmente, nosotros pensamos en la paz como punto de llegada, como producto final de una acción 'eficaz' por la justicia. Eso es parcialmente verdadero, pero, en términos bíblicos, la paz no es sólo punto de llegada sino también punto de partida. Si yo no soy hombre de paz, si yo no renuncio a todo sentimiento de violencia y de venganza dentro de mí, mi lucha por lo que yo considero justicia no podrá producir verdadera paz.

La Noviolencia como fuerza de la verdad

Cuando renunciamos a la violencia y a la venganza, estamos obedeciendo a la voz de la verdad que, según Gandhi, Dios ha puesto en el corazón de cada hombre. Y en efecto, el precepto evangélico de 'ofrecer la otra mejilla' se basa en esta fe: la fe en que la Fuerza de la verdad está presente en la conciencia de todos, también en la de los opresores y en la de los violentos. Lo que pasa es que muchas veces la verdad

Cuando un hombre se encuentra desnudo frente a la Verdad y al Amor, ya no puede seguir sirviendo a la Mentira y a la Violencia.

queda sepultada en el fondo de nuestra conciencia, bajo estratos de sedimentos culturales y ambientales. En esta perspectiva, el hombre que comete el mal es fundamentalmente un hombre ciego, un hombre que se está equivocando, porque no logra entrar en contacto con la verdad dentro de sí mismo. Por consiguiente, en la lucha noviolenta mi objetivo no debe ser derrotar al 'enemigo' sino perforar estos sedimentos que le impiden ver la Verdad. Cuando un hombre se encuentra desnudo frente a la Verdad y al Amor, ya no puede seguir sirviendo a la Mentira y a la Violencia. Ésa, por lo menos, era la convicción de Gandhi, que podríamos calificar de ingenua, si no supiéramos que es el fruto de medio siglo de experiencias llevadas por él hasta las conclusiones extremas.

La estrategia noviolenta del "ofrecer la otra mejilla" consiste en el empujar al enemigo a hacer dos veces más maldad de la que pensaba, para que algo en su alma oscura se mueva. En efecto, el que te ha pegado injustamente, sabe de manera confusa que ha cometido una injusticia: Se lo dice Algo o Alguien en el fondo de sí mismo, la Verdad que él intenta acallar. Por eso él espera y, en cierto sentido, necesita que se le devuelva la bofetada, porque, de alguna manera, el bofetón restituido justificaría el bofetón dado, y además lo justificaría a dar otro. En cambio, si en lugar de recibir la bofetada que espera se le invita a repetir el error, algo en su conciencia empieza a volcarse.

Cuando nosotros cometemos un 'pequeño mal', tendemos a autojustificarnos ("se trata de un pecadito venil"), y nuestra conciencia lo soporta mejor. En cambio, si el mal que cometemos se redobla o triplica, nuestra conciencia habitada por la Verdad no logra soportarlo tan fácilmente y toda nuestra autojustificación se resquebraja. Y así se consigue la finalidad de la acción noviolenta, que no es la 'destrucción' del adversario sino la reconciliación y el encuentro con él en la Verdad.

La 'Pasión' como amor noviolento

"*Todo sufrimiento inmerecido es redentor*". *Esta frase de Martín Luther King, y otras parecidas de Gandhi, han hecho discutir mucho, como si pudieran* favorecer una apología o una exaltación del dolor. En realidad, Martín Luther King tenía muy claro que el sufrimiento, en sí mismo, es detestable, y que lo que tenemos que buscar es la justicia, no el sufrimiento. Sin embargo, rechazando tanto la injusticia como la violencia, el militante noviolento - muchas veces - tiene que aceptar el dolor como precio inevitable que hay que pagar. Pero no se trata de un sufrimiento que le viene encima casualmente, sino de un sufrimiento acogido conscientemente por amor. Y este sufrimiento 'amoroso' es redentor, porque puede empujar al adversario a avergonzarse de su error y a convertirse.

Lo fundamental de la acción noviolenta es aceptar el sufrimiento que de ella pueda proceder, sin infligir dolor a nuestros adversarios: "*Puede ser que se derrame sangre en el Estado de Alabama, antes de que nosotros alcancemos nuestra meta*", dijo Martín Luther King, "*pero será nuestra sangre, y no la sangre de nuestros hermanos blancos*".

De esta manera el famoso líder afroamericano seguía las huellas de Cristo que, aceptando su Pasión, prefirió asumir él mismo el dolor antes que infligirlo a sus enemigos. En esta perspectiva, la famosa frase de Bonhoeffer, de que *'sólo un Dios que sufre puede ayudar' podría asumir un nuevo significado: Sólo un Dios que acepta padecer en la cruz puede redimirnos; un Dios que se defendiera contra los injustos con unas legiones de ángeles*" (Mt. 25: 51), nos mataría a todos. La Noviolencia de un Dios que acepta por amor el sufrimiento impuesto por el 'enemigo', entonces, es lo que nos salva: La Noviolencia está en el corazón del Misterio redentor. Parafraseando a Bonhoeffer, se podría afirmar que *'sólo un Dios noviolento puede salvarnos'*.

En verdad, el concepto mismo de 'Pasión' se relaciona estrechamente con la Noviolencia. En efecto, la palabra 'pasión' tiene esencialmente dos sentidos: Pasión como entusiasmo y fuerza del amor, y pasión como sufrimiento y aceptación del dolor.

La pasión, entonces, indica un amor fuerte que sabe afrontar y soportar el sufrimiento, o sea, indica "*el sufrimiento del Cristo apasionado*", como lo llama Moltmann.

La Buena Noticia que nos anuncia Jesús, entonces, no es otra cosa que su Pasión: El 'Evangelio' que nos anuncia Cristo es que Dios es Pasión, o sea, que Dios es Amor dispuesto a sufrir por nosotros, lo que implica que Dios no es violencia y no es venganza.

Claramente, la idea de un Dios noviolento contrasta con nuestra imagen de un Dios omnipotente. Pero en realidad, ¿en qué sentido hay que entender la 'Omnipotencia' de Dios?; nos lo esclarece la Escritura: "*Te compadeces de todos porque todo lo puedes... Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces*" (Sb 11: 23-24). Según la Biblia, entonces, 'ser Omnipotente', 'poderlo todo', quiere decir 'compadecerse de todos': Dios es omnipotente en el amor. Y así en lugar de 'omnipotencia' deberíamos hablar de 'omnibondad', porque la bondad divina se dirige a todos. Los

seres humanos - a causa de nuestros límites - somos incapaces de amar a todos; el amor de Dios, en cambio, no conoce límites ni fronteras.

Eso, por el otro lado, implica que mientras el hombre es también capaz de indiferencia y de maldad y es 'potente' en la maldad, Dios es sólo capaz de amor: Frente al mal Dios queda desarmado, 'impotente'. En otras palabras, quien es todopoderoso en la bondad es necesariamente 'impotente' en la maldad.

Esta 'impotencia' de Dios es una manifestación de su Noviolencia. Comenta, a este propósito, Giuseppe Barbaglio: "*La impotencia de Dios ante la crucifixión de su Hijo... se explica por la ausencia en Él de toda violencia. Tan sólo un poder divino violento... es capaz de contrastar con eficacia a los crucificadores de siempre. Pero el Padre celestial... no reacciona simétricamente a la violencia con la violencia. En una palabra, Dios no es omnipotente en la historia, porque es noviolento, desarmado*".

También los noviolentos, muchas veces, frente a la violencia, se sienten y son impotentes. Y, así, Dios no puede

la Resurrección es la reacción noviolenta de Dios a la violencia y a la maldad de los hombres.

impedir que se cumpla el mal, no puede impedir que maten a su Hijo, pero sí puede reaccionar al mal creando el bien, y reaccionar a la muerte resucitando la vida, porque en el bien Dios es de verdad Omnipotente. Y así la Pasión, la disponibilidad a morir por amor nuestro, es la Omnipotencia de Dios en el bien, y la Resurrección es la reacción noviolenta de Dios a la violencia y a la maldad de los hombres.

La Noviolencia como acción política

El cristiano que quiera aplicar a la política la lógica de la Noviolencia evangélica debe estar dispuesto a llevar la cruz de la incomprensión, de la burla, del aislamiento y hasta de la persecución, sufriendo todo eso, como decía René Macaire, a la luz del mismísimo misterio redentor: *"El combate noviolento es una actualización cívica y política del misterio redentor"*.

Colombia cuenta ya con una larga lista de mártires de la Noviolencia: Recordemos, por ejemplo, a los fundadores de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare, o a algunos líderes de las Comunidades de Paz del Chocó, asesinados por su compromiso desarmado a favor de la paz y de la justicia.

La muerte de todos estos mártires podría inducirnos a desanimarnos, pero el Evangelio nos invita a esperar y a tener fe en el plan salvífico de Dios, que aprecia, valoriza y hace fructificar a veces de una manera misteriosa e inesperada todo pequeño gesto que apunte a la construcción del Reino de justicia y de paz. Como dice el Papa, "*aunque imperfecto y provisional, nada de lo que se puede y debe realizar mediante el esfuerzo solidario de todos...*

para hacer, 'más humana' la vida de los hombres se habrá perdido, ni habrá sido vano" (SRS 48).

La Noviolencia como profecía

Estas palabras de Juan Pablo II apuntan a otro elemento fundamental de una espiritualidad noviolenta: El de no estar obsesionado en conseguir resultados inmediatos. La obsesión por los resultados inmediatos, en efecto, es típica de los violentos, que siempre buscan soluciones 'rápidas' sin tener en cuenta los derechos de los demás y la ética bíblica del 'llevar fruto con amor'.

Comentaba, a este propósito, Thomas Merton:

> "*No sea la esperanza de los resultados inmediatos a condicionar vuestra conducta. Los grandes resultados no están ni en vuestro, ni en mi poder y, sin embargo, pueden de repente realizarse, y nosotros podemos dar nuestro aporte. De todas formas, no tiene ningún sentido fundar nuestras vidas sobre esta satisfacción personal que puede también sernos negada... La verdadera esperanza no hay que ponerla en algo que creemos poder hacer, sino en Dios, que hace bueno este algo independientemente del resultado, de una manera que nosotros no podemos comprender*".

En otras palabras, seguir trabajando por la paz, a pesar de nuestros fracasos y a pesar de la falta de resultados visibles, implica la capacidad profética de percibir la acción de Dios, que en medio de una historia de violencia y de injusticia, está escribiendo una contrahistoria de gracia y de amor. A este respecto, hay que subrayar que en estos últimos tiempos hemos asistido, en Colombia, a muchísimos episodios de

Seguir trabajando por la paz,
a pesar de nuestros fracasos
y a pesar de la falta
de resultados visibles,
implica la capacidad profética
de percibir la acción de Dios,
que en medio de una historia
de violencia y de injusticia,
está escribiendo
una contra-historia
de gracia y de amor.

resistencia civil: Dentro de un contexto de violencia, prepotencia y abuso, se van multiplicando pequeños testimonios de participación comunitaria y de resistencia noviolenta.

Algunos expertos han calculado que en nuestro país se están desarrollando 8.000 iniciativas de paz. Me parece, entonces, que de la base del país está saliendo un estímulo y un grito, pidiendo que se busque una solución noviolenta y creativa al conflicto armado; una solución que tenga en cuenta este nuevo protagonismo de la sociedad civil. Lo que hace falta es la capacidad de recoger toda la riqueza de estas iniciativas, coordinándolas y orientándolas de acuerdo con una estrategia noviolenta a nivel nacional.

Para concluir, quiero citar las palabras proféticas de un mártir colombiano,

Josué Giraldo Cardona, matado en 1996 en el Meta, palabras que nos invitan a la esperanza:

> "*Cuando hay una tempestad muy fuerte, que el cielo está muy nublado... cuando hay tempestades desoladoras, vientos huracanados, uno sabe que en algún lugar del cielo el sol sigue estando presente... Después de las tormentas, el cielo estará despejado; uno sabe que la luz llegará...*
>
> *Esta metáfora la aplico al momento que vivimos. A pesar del debilitamiento del movimiento popular, del movimiento campesino..., se están generando en la sociedad, todavía de manera muy incipiente, pero se están generando, las condiciones para un gran día de transparencia. Los movimientos cívicos regionales van tomando forma; es muy lento el proceso, pero se va marchando hacia delante; el movimiento social y popular cogerá fuerza, y cuando la tenga, ninguna maquinaria de guerra, ni de terror los podrá doblegar... Colombia es un pueblo con futuro. No lo digo yo, lo dice la gente que no da el brazo a torcer a pesar de tanta sangre derramada*". V



Pedagogía de la paz

Hno. Fabio Coronado Padilla, fsc

La búsqueda espiritual

No me es fácil escribir sobre este tema en medio de tanta guerra que a diario tiñe de sangre e inunda de llanto a los niños y jóvenes de Colombia. De sus entrañas se eleva un grito ensordecedor que se escucha en todas partes, en los periódicos y en la televisión, en las calles y en las conversaciones, tan cercano que se escucha a nuestro lado.

Quisiera que la búsqueda espiritual estuviera pintada de blanco, de ese blanco alegre de las palomitas que de unos años para acá nos son tan familiares. Quisiera que la búsqueda espiritual estuviera pintada de verde, de ese verde de los lacitos verdes que todos nos hemos colocado alguna vez en la solapa. Pero no, no es posible.

"El cristiano debe ser la persona que en principio, ante todo y siempre, en cualquier circunstancia, busque a Dios y sólo a Dios, vea a Dios y sólo a Dios en medio de esta confusión y de esta incertidumbre, y manifieste a Dios y sólo a Dios, sea cual fuere la situación".

Debemos dejarnos impresionar por la situación de los niños y jóvenes desplazados, por los que buscan su futuro enrolados en las filas de los violentos, por los que están privados de la libertad, por las generaciones que han crecido en medio del rojo, del rojo vivo y escarlata de los muertos nuestros de cada día. Sí, lo lamento, pero la búsqueda espiritual hoy debe ser coloreada de rojo.

Y le pregunto a Dios; y los niños y jóvenes -que allá por nuestros pueblos y ciudades, valles y montañas se ven obligados a salpicarse de rojo, del rojo sangre de sus propios muertos-, también le preguntan: ¿Dónde estás? Y nos quedamos en silencio, mudos, callados, contemplando a nuestros muertos. Los teólogos, los sabios teólogos de todos los tiempos me dicen que en medio del sufrimiento, del dolor y de la guerra, es cuando más cerca está Dios y más actúa. Y desempolvando la Sagrada Escritura leo: "*...más donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*" (Rom. 5: 20).

Pero no, no es respuesta. Mañana nos despertaremos con más noticias de rojo, de rojo sangre de otros tantos colombianos muertos. Y entonces me voy a leer a las teólogas y ellas me dicen poéticamente: *"El cristiano debe ser la persona que en principio, ante todo y siempre, en cualquier circunstancia, busque a Dios y sólo a Dios, vea a Dios y sólo a Dios, en medio de esta confusión y de esta incertidumbre; y manifieste a Dios, y sólo a Dios, sea cual fuere la situación"*.

Pero entonces vuelvo y me acuerdo del mar rojo que atraviesa la búsqueda espiritual de todo colombiano, y el espíritu se tiñe de sangre cubriendo el blanco de las palomitas y el verde de los lacitos de la paz, y sólo escucho el estribillo de la vieja canción: "*No, nooo, no basta rezar, hacen falta muchas cosas para conseguir la paz*".

La utopía de la paz

Todavía está fresco en nuestra memoria el asesinato, por unos sicarios, de Monseñor Isaías Duarte Cancino, arzobispo de la Arquidiócesis de Cali. Su muerte no fue sino consecuencia de su compromiso profético con la realidad colombiana. La pregunta pendiente no es ¿Quiénes lo mataron? sino más bien ¿Qué sentido tiene su muerte? Sin duda sus palabras nos interpelan:

La Paz es compromiso de todos.
Si queremos alcanzarla
es necesario caminar
por el sendero de la
reconciliación y del perdón.

"Colombia vive una avalancha de violencia que destruye la vida de los colombianos. Como fruto de esta violencia se han generado odios, rencores y resentimientos que empobrecen el alma e impiden la paz de nuestra Patria. La Paz es compromiso de todos. Si queremos alcanzarla es necesario caminar por el sendero de la reconciliación y del perdón. Debemos reconciliarnos con nosotros mismos, con Dios, con nuestros seres queridos, con los vecinos, con toda la familia humana. Es necesario ser agentes de reconciliación y perdón, es decir, ser constructores de Paz. Dejemos de lado los odios, los rencores y emprendamos el camino de la reconciliación. Es necesario un proceso pedagógico que nos conduzca a la paz. Este proceso se llama conversión: Volver al camino de la paz, dejar todo aquello que nos aleja de nuestros hermanos".

En estos párrafos queda resumido muy bien el legado por el cual trabajó y luchó. Era su utopía, y yo creo que es la utopía de todo cristiano colombiano, la consecución de una paz permanente y duradera.

El diccionario de sinónimos nos ofrece distintas palabras para comprender el hondo significado y alcance del vocablo paz, ellas son: *Concordia, amistad, neutralidad, pacifismo, armonía, avenencia, acuerdo, calma, sosiego, tranquilidad, silencio, descanso*. El diccionario de los antónimos también nos habla de lo contrario: *Guerra, contienda, lucha, conflicto, choque, combate, batalla, refriega, escaramuza, hostilidad, campaña, pugna, discordia,*

pleito, violencia, desavenencia, rivalidad, agitación, alteración, inquietud, perturbación, intranquilidad, revuelo, convulsión, desasosiego.

Trabajar por alcanzar los sinónimos de la paz y no sus antónimos es la pequeña utopía de esa gran utopía que son las bienaventuranzas evangélicas, especialmente la que afirma: "*Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios*" (Mt. 5: 9).

"Shalom" una utopía

Un maestro de novicios de nuestro país no puede dedicarse tranquila y simplemente a teorizar sobre la paz desde su escritorio o desde la calma aparente de su casa de noviciado. Hoy por hoy a todo noviciado en Colombia, también lo alcanzan las hondas estremecedoras de nuestra desmesurada realidad.

Mientras termino de corregir este escrito, van regresando los 20 novicios de su experiencia comunitaria y apostólica en las distintas fraternidades que nuestra congregación tiene desperdigadas por la geografía nacional. Llegan alegres, pero impactados por la situación, unos desde San Vicente del Caguán, en Caquetá, otros desde Orocué, en Casanare, otros desde Cúcuta, en Norte de Santander, otros desde la Costa Atlántica, etc.

De las experiencias que vivieron, tomo sólo una. Dos de ellos acompañaron a un Hermano que desde hace varios años adelanta un trabajo educativo en uno de los barrios más pobres de los alrededores de XX. Al caminar por una de las calles aledañas al centro escolar, se encuentran con que a un lado estaban las mujeres y al otro los hombres, un grupo de "civiles" fuertemente armado, los habían separado y con cédula en mano hacían la respectiva identificación. También a ellos les tocó la requisa; como uno de los novicios era del Ecuador, y el otro de la región de Urabá, el interrogatorio fue más largo. Finalmente los pasaron al grupo de los que, aparentemente, no tenían ni arte ni parte. Estando en estas, cogieron a un hombre supuestamente informante, que se encontraba justamente detrás de los Hermanos; los hombres le apuntaron y lo mataron. Las balas rozaron las mangas de las camisas de los novicios. Una experiencia límite. Quedaron bautizados con fuego para siempre.

Acudamos a los biblistas para que nos ayuden con sus estudios e investigaciones a iluminar éstas y otras realidades. Por la velocidad de los acontecimientos que se están sucediendo en nuestro país hay que tomar prestadas con urgencia las ideas de aquí y de allá. Lo que cuenta ahora no es elucubrar desprevenidamente sobre la guerra y la paz, sino buscar inspiración para afrontar lo inédito de nuestros acontecimientos cotidianos. Las respuestas hay que darlas ya. Mañana será demasiado tarde.

Leyendo las Escrituras se deduce que la paz tiene un sentido profundamente utópico. En el Antiguo Testamento "shalom" y sus derivados se repiten más de 350 veces. Fundamentalmente, su significado se refiere a salud completa, bienestar total. Abarca la suma de las bendiciones de Dios a una persona que pertenece a la comunidad de la Alianza. En una comunidad donde reina "shalom", existen la armonía y la oportunidad de crecimiento para todas las personas que la integran.

"Shalom" es el equivalente de una vida feliz basada en la buena convivencia, lo que supone el desarme, y la prosperidad material en la que no hay espacio para la injusticia social. La paz es siempre un don de Dios, pero que le exige a los hombres, al mismo tiempo, que hagan todo lo posible por adquirirla y mantenerla.

Lo que el Antiguo Testamento quiere decir con "shalom" está mucho mejor expresado en un texto de Miqueas. El pasaje imagina lo que sucederá cuando Dios venga a traer su Reino a este mundo y cuando los pueblos de buena gana dejen entrar esta realidad en sus vidas:

> *"Él juzgará entre pueblos numerosos, y arbitrará entre naciones poderosas; convertirán sus espadas en azadas, y sus lanzas en podaderas. No levantarán la espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra. Se sentará cada cual bajo su parra y su higuera, sin que nadie le inquiete, ¡Yahvé Sebaot ha hablado!" (Miqueas 4: 3-4).*

Miqueas presenta aquí una visión de lo que ocurrirá cuando las naciones se sometan al Reino de Dios. En pocas palabras, hay dos cambios fundamentales que tendrán lugar en los individuos y en las naciones: 1) No habrá más guerra, ni entrenamiento para la guerra, ni industria de guerra. 2) La vuelta a un sencillo y pacífico estilo de vida, preocupados no por acumular más y más, sino más bien, por promover relaciones interpersonales. Miqueas anticipa el desmantelamiento del mundo actual para ser remplazado por un mundo alternativo que no ha tomado cuerpo todavía. Es claro que tal propósito de Miqueas es utópico.

Isaias en el capitulo 65: 20-23, nos presenta otra visión de lo que sucederá cuando a la paz del Reino de Dios se le dé una oportunidad aquí en la tierra:

> *"No habrá allí jamás niño que viva pocos días, o viejo que no llene sus días, pues, morir joven será morir a los cien años, y el que no alcance los cien años será porque está maldito. Edificarán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto. No edificarán para que otro habite, no plantarán para que otro coma, pues cuanto vive un árbol vivirá mi pueblo, y mis elegidos disfrutarán del trabajo de sus manos. No se fatigarán en vano ni tendrán hijos para sobresalto, pues serán raza bendita de Yahvé ellos y sus retoños con ellos".*

Isaías nos describe lo que Dios quiere que suceda en la comunidad humana. Es también una visión utópica de la paz. Dios desea que los niños no mueran, que los ancianos vivan dignamente, y que aquellos que trabajan disfruten del fruto de su labor. Pero no se trata de un paraíso o de un mundo futuro, sino de la historia humana que debe construirse ya, en el aquí y ahora.

Dios desea que los niños no mueran, que los ancianos vivan dignamente, y que aquellos que trabajan disfruten del fruto de su labor. Pero no se trata de un paraíso o de un mundo futuro, sino de la historia humana que debe construirse ya, en el aquí y ahora.

En resumen, la paz, o la palabra hebrea "shalom", significa "totalidad", reconciliación, la armonía de haber llegado a la plena autenticidad respecto a nuestras cuatro relaciones básicas: Con nosotros mismos, con nuestro prójimo, con la naturaleza y con Dios. "Shalom" es el último estado de plenitud y el gran don del final de los tiempos. Significa no sólo ausencia de guerra sino plenitud de vida. En consecuencia, en la actual coyuntura colombiana, el camino de la paz en perspectiva del "shalom" bíblico, se vislumbra como largo y complejo. Más que utópico, desafiante.

La paz evangélica

Pasando al Nuevo Testamento, encontramos que la palabra "paz" se utiliza, al menos, de cinco maneras diferentes:

a. Como ausencia de guerra o desorden.
b. Como relación correcta con Dios o con Cristo.
c. Como una buena relación entre las personas.
d. Como un estado individual, es decir, tranquilidad o serenidad.
e. Como parte de una fórmula de bienvenida o despedida.

En el Nuevo Testamento la palabra "paz" se repite 91 veces, y significa, sobre todo, bienestar y salvación escatológica. Según el Jesús de los Evangelios "paz" quiere decir totalidad, y comprende elementos físicos, sociales y espirituales. La paz, como verdadera relación con Dios o con Cristo, se acerca a la reconciliación y a la armonía. Es la acción de Dios la que devuelve a la gente la verdadera relación consigo misma (Cfr. Rom. 5: 1 ; Hech. 10: 36). La paz, entendida como buenas relaciones entre las personas, es una lógica y natural extensión de este significado. La verdadera relación con Dios se traduce en buenas relaciones entre las personas. Vivir en paz quiere decir vivir en armonía, y evitar cualquier acción que cause discordia o contienda (Cfr. Mc. 9: 50 ; 2 Cor. 13: 11 ; Col. 3: 15).

Vivir en paz quiere decir
vivir en armonía,
y evitar cualquier acción
que cause discordia o contienda.
Una persona que ha entrado
en relación verdadera con Dios
y vive en buena relación
con la gente, experimentará,
como consecuencia,
la paz del espíritu,
la serenidad y la tranquilidad.

Una persona que ha entrado en relación verdadera con Dios y vive en buena relación con la gente, experimentará, como consecuencia, la paz del espíritu, la serenidad y la tranquilidad. En el Nuevo Testamento todo lo que concierne al Reino de Dios concierne a la paz. Y la paz, igual que el Reino de Dios, es una utopía siempre en búsqueda de hacerse realidad.

Cuando Jesús cura a una persona le dice: *"Vete en paz"* (Mc. 5: 34 ; Lc. 8: 48). Esta paz no es sólo física, sino que a menudo es social, también. Cuando Jesús dice a la hemorroisa, "vete en paz", indica que ha sido nuevamente reintegrada en la sociedad, que ella es, una vez más, un miembro completo de

la comunidad. Lo mismo sucede cuando dice a la mujer que lo unge con perfume, "vete en paz" (Lc. 7: 50). En este momento Jesús censura a aquellos que la habían excluido de la sociedad y la devuelve a ella.

Pero si de pensar en esta descripción del ideal evangélico de paz pasamos a recordar nuestra realidad, el abismo entre el uno y la otra se agiganta. Todavía nos hacen falta muchas cosas para conseguir la paz. Más aún, a veces experimentamos la sensación de que ella es cada vez más lejana y entonces nos embarga el desaliento, el desánimo y la desesperanza. Sin querer, concluimos que es una utopía muy difícil de alcanzar.

Mas ¿acaso hay alguna utopía que no se debata en ese dinamismo del "ya, pero todavía no"? Entonces surge ese ejercicio casi ascético de la paciencia histórica, de la espera contra toda esperanza, que invita a un trabajo permanente por la paz a pesar de no ver, ni sentir, resultados tangibles y concretos.

La realidad real

Lo que sigue no tiene nada de virtual. Durante una reunión nos contaba una Hermana Provincial, que acababa de visitar a una comunidad de sus Hermanas que trabajan en el pueblo xx, para que su presencia les sirviera de ánimo después de vivir hechos como el siguiente: Un grupo armado de la región asesinó a un joven líder comunitario y lo colgó de un árbol a la entrada del pueblo como escarmiento para la población, y anunció que quien lo bajara para enterrarlo correría la misma suerte. Toda la población quedó horrorizada y atemorizada. Por supuesto las Hermanas también.

De la misma manera nos narraba que en otro sector, donde tienen un centro de educación de jóvenes, diez de ellos se estaban preparando para entrar a la guerrilla, la misma que había asesinado a sus padres, con el único propósito de, una vez estar dentro, vengarse, matando a los que eliminaron a sus padres. Las Hermanas se encontraban discerniendo comunitariamente qué hacer ante tal fenómeno nuevo e inédito para ellas y que desafiaba las propuestas del Evangelio.

En la misma reunión fue común el constatar que las comunidades religiosas actualmente insertas en los lugares donde la violencia guerrerista es más intensa, se han contagiado de agresividad y ello ha producido tensiones, disgustos, rupturas de la paz, etc. Pareciera que la violencia externa hubiera permeado las relaciones de quienes conviven en estos sectores. Ante tal hecho, otra Provincial nos compartía las estrategias que su congregación había adoptado para acompañar más de cerca a estas comunidades que viven en sectores de conflicto: Todo el equipo provincial se desplazaba a vivir con ellas durante una semana, una de las reuniones del consejo provincial se hacía allá, y los integrantes de las otras comunidades solidariamente les llamaban o escribían expresándoles su fraternidad. Son gestos simbólicos. Son respuestas nuevas a situaciones nuevas que estamos viviendo.

Y como estos sucesos cada uno de los que leen estas notas podría narrar y contar muchos otros, que de seguro conocen. El cuestionamiento sería si

en este momento podríamos tomar ejemplos de nuestra propia casa o por el contrario, estamos bastante alejados en nuestras presencias apostólicas de los centros donde los niños y jóvenes más necesitados, los destinatarios de nuestros carismas, están sufriendo más las consecuencias de nuestra guerra y sus violencias.

La construcción de la paz

A nadie se le oculta que ésta pasa necesariamente por el tamiz de la promoción de la justicia. Esta es condición, sin la cual, no puede haber paz duradera. La ausencia de un compromiso más decidido de todos los cristianos colombianos a favor de unas condiciones sociales, de mayor igualdad y equidad, ha sido, tal vez, el factor detonante de la violencia y la guerra por más de cuatro décadas.

Tanto desengaño para el pueblo por los políticos de turno. Tanta corrupción y pobreza generalizada son las causas profundas de la ausencia de la paz. El desespero colectivo ha terminado por rendirse.

Hasta que no logremos salir de esta encrucijada, no es posible plantear en serio unas alternativas y salidas al conflicto armado que vivimos, pues este depende del conflicto social no resuelto. Toca, pues, a los agentes de la paz, comenzar por construir la justicia, y ahí sí, adelante con la paz.

La violencia, fruto de la guerra, no es sino un aspecto de la complejidad del problema, pues, como mínimo podemos hablar de otros cinco tipos de violencia que nos afectan:

1. Violencia histórica: Cargamos como un fardo pesado, una guerra tras otra, un conflicto tras otro. Es una constante de nuestra historia. No acabamos de terminar una escaramuza cuando ya se está armando la siguiente. Aquí los culpables han sido las pasiones políticas y las desigualdades sociales.

2. Violencia intra familiar: Agresividad entre las parejas, y de estas hacia los hijos. Con el agravante de las secuelas tanto sicológicas como sociales, estas tan profundas y duraderas sobre todo en los de menor edad.

3. Violencia urbana: Que se expresa por actitudes de convivencia no pacífica entre los ciudadanos de diversos estratos. Nuestras ciudades están lejos de ser ese ideal que dio origen muchos siglos atrás a las primeras urbes: El espacio para la felicidad de los ciudadanos libres.

4. Violencia audiovisual: Difundida por los medios de comunicación, en especial el cine y la televisión. El más refinado arte del matar y causar daño a los otros, es aprendido por las nuevas generaciones en horas y horas de exposición a todo tipo de filmes, telenovelas y demás, cuyo ingrediente prioritario son las escenas violentas. Preguntémonos: ¿Muchos de los asesinatos violentos que a diario ocurren en nuestro pais, no tienen como causa última la incitación inconsciente de verter la sangre del otro como medio para resolver los conflictos, vista virtualmente en los medios?

5. Violencia cultural: Invasión foránea de valores y comportamientos, ante

los cuales no hay la menor posibilidad de disentir. Los grandes conglomerados económicos imponen los patrones de comportamiento colectivo.

Y la lista de tipos de violencia puede alargarse. Ciertamente la guerra y violencia que vivimos son bastante complejas y buscar sus causas profundas para atajarlas es tarea de todos. Por ahora, pongamos punto final a estas disquisiciones y procedamos a pensar en las acciones pro paz que debemos emprender.

Estrategias para la paz

Empecemos dejándonos embargar por los sentimientos de la letra de la hermosa canción de Mercedes Sosa que dice:

> "*Sólo le pido a Dios, que el dolor no me sea indiferente. Que la reseca muerte no me encuentre vacío y solo sin haber hecho lo suficiente.*
>
> *Sólo le pido a Dios, que la guerra no me sea indiferente. Es un monstruo grande y pisa fuerte. Toda la pobre inocencia de la gente*".

Bajo la poesía de esta bella canción late la mística común de todos(as) los(as) colombianos(as) constructores(as) de paz. El compromiso de los religiosos de Colombia en esta hora de su historia no puede tener otra prioridad que la búsqueda de la paz a través de todos los medios a nuestro alcance.

En un conservatorio al cual fuimos convocados por la CRC, religiosos(as) responsables o animadores de centros de espiritualidad, nos planteamos el tema cómo responder a la situación de no paz que vivimos. Ante la percepción generalizada de sentirse desbordado por la situación, que paraliza y lleva a la inacción; ante el odio que se está interiorizando constantemente; ante el miedo que nos paraliza y la impotencia para hacer algo, reflexionábamos ¿cómo hacer para desde la animación de la vida en el Espíritu, proponer algunas estrategias que contribuyeran a la concretización de la paz? ¿Cómo comprometernos con la paz desde la espiritualidad? He aquí algunas de esas alternativas, que pienso, de una u otra manera pueden inspirar lo que cada uno(a) de nosotros(as) realiza:

1. Vivir en paz: Tanto en las comunidades, como en las provincias religiosas, como en las distintas obras apostólicas que atendemos. El primer compromiso con la paz es dar testimonio de la misma. Cuántas veces el clima de violencia y guerra invade nuestros ámbitos relacionales tanto en las fraternidades como en los equipos de trabajo. Cuántas veces no escandalizamos a los otros con nuestras actitudes y conflictos institucionales, con nuestras discordias, pleitos y pugnas internas. Tenemos que lograr hacer de cada comunidad, de cada provincia religiosa y de cada obra apostólica un territorio de paz que sea por sí mismo un cuestionante para los violentos.

El primer compromiso con la paz es dar testimonio de la misma.

2. Creer en la paz con acendrada esperanza: Ante realidades críticas y contundentes que nos muestran los noticieros con toda crudeza y que implícitamente proclaman a los cuatro vientos que la utopía de la paz no es posible. Los hombres y mujeres de Dios, debemos creer, contra toda esperanza, que la paz es realizable y viable. Debemos contagiar al mayor número de personas de esa actitud positiva que brota de la esperanza cristiana en el Dios de la Vida que todo lo hace posible.

3. Presencia en medio del conflicto: Las comunidades insertas en las zonas rojas son por sí mismas un baluarte de espiritualidad. No podemos salir de allí, debemos acompañar al pueblo en este momento que es cuando más necesita de nuestra presencia. Otro Provincial comentaba que en su provincia todos le pedían cambio de comunidad, menos los que estaban en estas comunidades insertas en medio de la guerra, que él veía en esto el más coherente testimonio de consagración religiosa. Lo que hay que hacer no es salir de allí, ni mucho menos dejar a esas religiosos(as) solos(as) a su suerte, por el contrario, toda la congregación, en pleno, debe respaldarlos(as) con gestos de solidaridad y fraternidad.

4. Vivir y ofrecer una espiritualidad de la Noviolencia, y para momentos de conflicto: Que nos sostenga a todos(as) en esperanza y en serenidad. Una espiritualidad que sea soporte para todos(as) los religiosos(as) en estos momentos de crisis. Una espiritualidad que nos lleve a actuar, no desde las iras, sino desde la serenidad. Dicha espiritualidad se está viviendo, pero falta escribirla y difundirla.

5. Pastoral para tiempos de guerra: Se requieren procesos evangelizadores nuevos que respondan a las nuevas necesidades y situaciones que viven los niños, jóvenes y adultos víctimas del conflicto armado. Habrá que hacer énfasis en el amor, el perdón y la reconciliación, dentro de la dinámica paulina del dejar el hombre viejo para revestirse del nuevo.

6. Cuidar los oasis de contemplación: Como el ambiente asfixiante y enrarecido por todo los acontecimiento contrarios a la paz descentran a las personas, las altera y les hace perder el rumbo, la primera y principal estrategia es crear espacios y ambientes (llámense estos sesiones, retiros, encuentros, casas de espiritualidad),que propicien el silencio, la serenidad, la interioridad y la oración. Nadie que no haga la experiencia de la paz interior podrá pasar a ejecutar hechos de paz. Así se puede actuar pacíficamente con un corazón reconciliado en estos oasis de paz.

7. Cruzada por el perdón y la reconciliación: Se trata de romper la cadena de los odios, resentimientos y sed de venganza, que surgen, por demás muy justos, en todas aquellas personas (niños, jóvenes, adultos y ancianos) que han sufrido en carne propia crueles asesinatos de familiares, despojos de sus bienes conseguidos con honrado trabajo y fatiga, víctimas de engaños, secuestros, torturas, y tantas otras crueldades suscitadas por los

diversos actores del conflicto interno y la violencia. A ejemplo de Sudáfrica una vez finalizada la lucha de segregación racial, debemos diseñar e implementar una campaña nacional de círculos de verdad, de círculos de perdón y de

Debemos diseñar e implementar una campaña nacional de círculos de verdad, de círculos de perdón y de celebraciones de reconciliación.

celebraciones de reconciliación. Sólo ese camino permitirá que no nos sigamos matando y aniquilando ininterrumpidamente. Hay que adelantarse en el diseño de esta gran tarea para cuando se firme la paz y se dé el cese al fuego. La gran tarea pacificadora comenzará en ese momento.

8. Proceso pedagógico para la educación en y para la paz: Con las nuevas generaciones, debemos sembrar la paz del futuro. Si nuestro talante cultural privilegia inconscientemente nuestras raíces caribes violentas y destructivas, debemos salirle al paso, educando ese punto nodal de nuestra cultura. Tienen acá cabida todos los métodos que favorezcan la resolución de los conflictos por el diálogo y la concertación y demás medios pedagógicos que contribuyan a la creación de una cultura de la paz. Somos conscientes que esa tarea es de varias generaciones que logren unos procesos civilizatorios nuevos.

9. Orar: En la intimidad personal o comunitaria del diálogo con Dios, encontramos la fuerza y las luces para timonear la barca en medio de las tormentas azarosas de las fuerzas oscuras antipaz. Qué bien, dejarnos llevar por la hermosa oración por la paz que se atribuye a San Francisco de Asís:´

"Señor:
haz de mí un instrumento de tu paz:
donde haya odio, ponga yo amor,
donde haya ofensa, ponga yo perdón,
donde haya discordia,
ponga yo armonía,
donde haya error, ponga yo verdad,
donde haya duda, ponga yo la fe,
donde haya desesperación,
ponga yo esperanza,
donde haya tinieblas, ponga yo la luz,
donde haya tristeza,
ponga yo alegría".

La conclusión es evidente: Seamos agentes constructores de paz desde la espiritualidad. Es la mejor respuesta ante tanta barbarie que nos inunda.

La mística de las buenas tardes

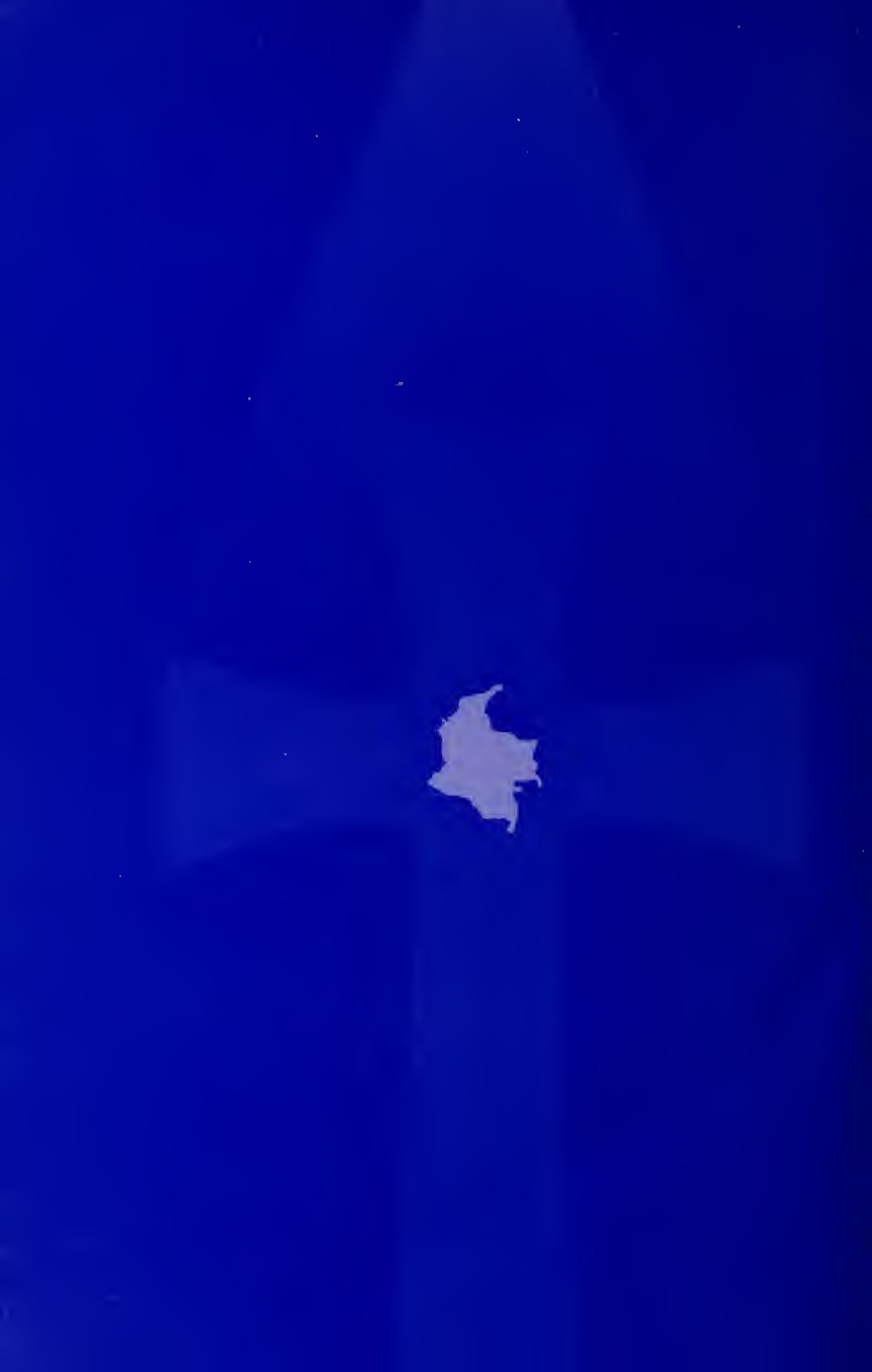
Este escrito va llegando a su fin, y declina como declina la tarde. Y a esa hora, exactamente entre las cinco y las cinco y media, invariablemente, cuando la luminosidad del día comienza a alejarse, en las praderas villaleyvanas, una planta de esas que llamamos maleza, inicia su rito cotidiano, y lo repite sincrónicamente desde antiquísimos guarismos que se pierden en el tiempo de la evolución de las especies.

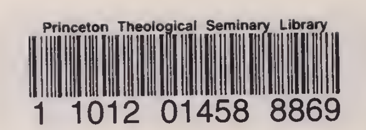
Usted sólo ve prado con tonos distintos de verde, y si se toma la calma de acercarse y observar con más detenimiento, descubre los capullos alargados y delgados de los sotos, esparcidos en forma irregular por todas partes. Si guarda la calma necesaria, y tiene paciencia, comenzará a presenciar una maravilla de la naturaleza colombiana.

El triunfo de la paciencia se ve recompensada. El capullo comienza a abrirse, poco a poco; en menos de cinco minutos los pétalos blancos se van despegando, la flor se va abriendo, como se despliegan los paneles solares de los satélites. Una a una se van abriendo. De repente el prado ya no es sólo prado, sino prado esmaltado de flores blancas, que al caer de la tarde se han abierto.

El inventario de lo realizado por la paz no da espera. Hay que acometerlo con detalle. Lo bueno realizado mucho. Lo bueno no alcanzado bastante. Se luchó, se volvió a empezar, pero las circunstancias y las personas no van al mismo ritmo de las utopías de frontera. Ante el inventario de la vida vivida sólo resta la paciencia.

A los(as) creadores(as) de nuevos mundos, a los(as) constructores(as) de realidades de Paz que no existen, debe inspirarlos la mistica de las "Buenas Tardes". Así es como llaman a estas flores que se abren cuando el día termina en las campiñas de Villa de Leyva. Es la mística del saber esperar la plenitud de los tiempos, la paciente impaciencia que madura los cambios en las coyunturas adversas de la historia. V




Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01458 8869